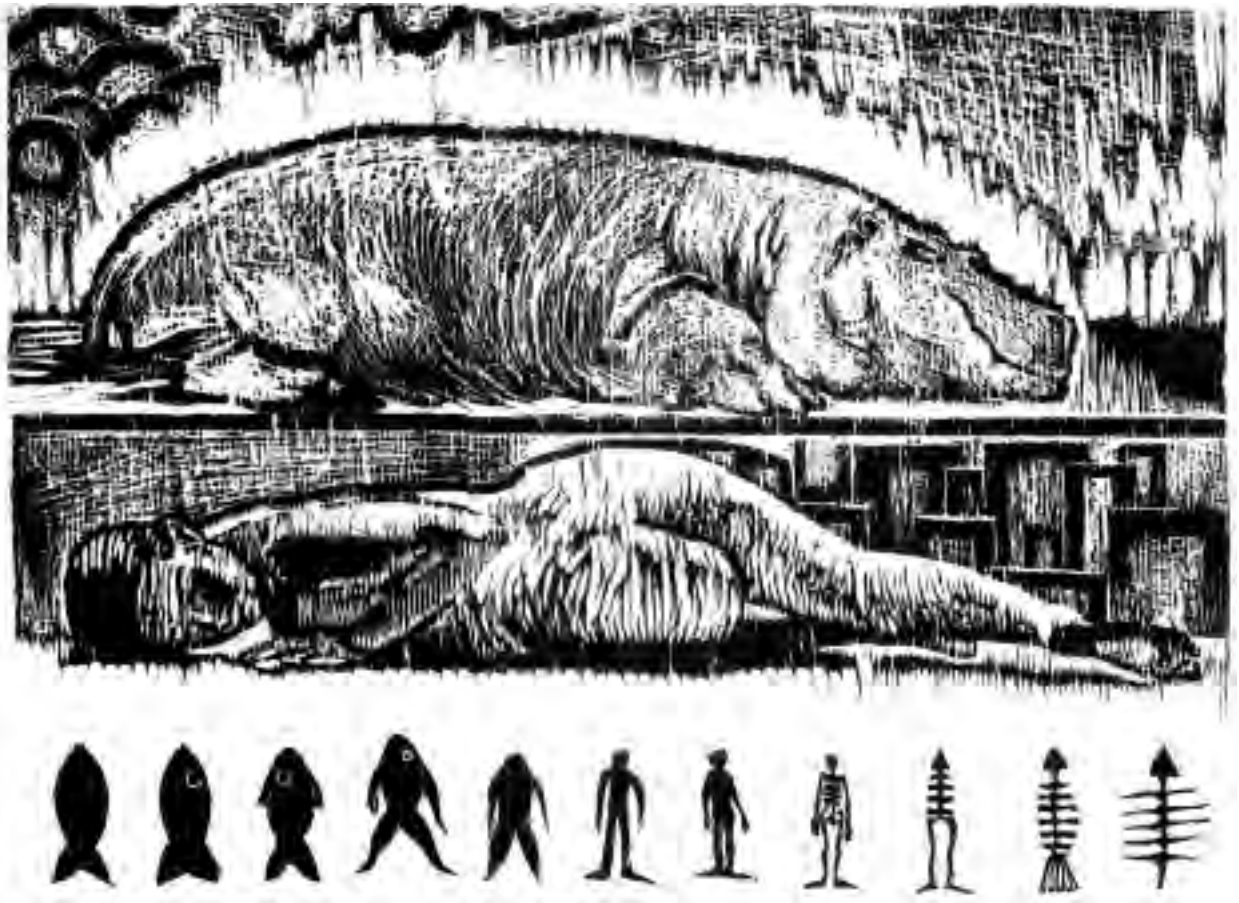




LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

FE DE ERRATAS

Por error de esta redacción, el reportaje fotográfico “Lágrimas de amor”, publicado en el número 135 de esta revista, se atribuye a Héctor Dávila Cervantes. El nombre correcto del fotógrafo es Héctor Ávila Cervantes. Pedimos disculpas al autor y a nuestros lectores.



Mario M. Reyes, *Sueño premonitorio*, xilografía y linóleo, de la serie *Premoniciones*

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	9
Guadalupe Gavillera / Barry Domínguez	
Cuatro poemas / Víctor Cabrera	15
Poemas / Raquel Barragán Aroche	20
Un tipo con suerte / Miguel Tapia	23
De tierra y luz: regionalismo, tragedia y barroco en la prosa de Severino Salazar / Rodrigo Martínez	31
De la serie <i>Premoniciones</i> / Mario M. Reyes	38
CONCURSO 36 DE PUNTO DE PARTIDA	45
SEXTA ENTREGA	
Tiempo muerto (fragmento de novela) / Isabel Chavarría Salinas	46
Sexo ajeno (cuento) / Alberto Sandoval	57
EL RESEÑARIO	
Tiempo de Guernica / Luis Paniagua	59

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente
Rector

Gerardo Estrada
Coordinador de Difusión Cultural

Gerardo Kleinburg
Director de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 136, marzo-abril 2006

Edición: Carmina Estrada
Asistencia: Rodrigo Martínez
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Ilustración: Taller coordinado por Santiago Ortega
Grabado de portada: De la serie *Premoniciones*,
de Mario M. Reyes
Impresión: Imprenta de Juan Pablos S.A.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.

Tel.: 56 22 62 01

Fax: 56 22 62 43

www.literatura.unam.mx

correo electrónico: partidar@servidor.unam.mx

cestrada@correo.unam.mx

Punto de partida difunde, amén de la creación literaria de jóvenes estudiantes, la de nuevos artistas gráficos. Este número presenta, en nuestro Árbol Genealógico, la serie fotográfica “Guadalupe Gavillera”, producto de la lente de Barry Domínguez, artista que colaborara con esta publicación en los albores de su carrera, en la década de los años ochenta, y que hoy comparte generosamente su obra con las nuevas generaciones. Además ofrecemos, en páginas centrales y portada, seis grabados de la serie “Premoniciones” que dan fe de la madurez gráfica de Mario M. Reyes, ganador en dos ocasiones del concurso convocado anualmente por esta revista.

La sección de poesía incluye esta vez una selección de dos escritores por demás interesantes: cuatro poemas de Víctor Cabrera, encabezados por su “Cancioncilla checa”, oda a Ludmila, la sirena de Praga, plena de ironía y humor veladamente pornográfico. Le siguen cinco poemas de tono un tanto mineral, escritos por Raquel Barragán Aroche, feliz descubrimiento para esta publicación.

Presentamos también un cuento de Miguel Tapia, estudiante de la Sorbona y miembro de El Taller de París, grupo de escritores que se reúne semanalmente en esa ciudad; un relato de Alberto Sandoval, ganador de un certamen literario convocado por la Facultad de Ingeniería de la UNAM, y un ensayo de Rodrigo Martínez sobre la narrativa de Severino Salazar, escritor emblemático del regionalismo, fallecido el año pasado, y quien hiciera de su natal Zacatecas el escenario de su obra vasta.

La quinta entrega de ganadores de *Punto de partida* está dedicada a un solo texto: “Tiempo muerto”, fragmento de novela con el cual su autora, Isabel Chavarría, recibió mención en el Concurso 36 de *Punto de partida*.

Para concluir, una reseña extensa de *Tiempo de Guernica*, primer poemario de uno de nuestros colaboradores cercanos, Iván Cruz Osorio, a cargo del también poeta Luis Paniagua. Invitamos a nuestros lectores a compartir esta mirada al dolor a través de la poesía de Cruz Osorio.

Guadalupe Gavillera

Barry Domínguez



Árbol toritos

Barry Domínguez (Ciudad de México, 1966) es fotógrafo. Colabora en los suplementos *La jornada semanal*, de *La jornada*, y *El ángel*, del diario *Reforma*. Ha realizado exposiciones en instituciones culturales internacionales y nacionales. En 2001, fue primer lugar en la categoría de cultura durante la 2ª Bienal de Fotoperiodismo y recibió la beca “Artes por todas partes” del Instituto de Cultura de la Ciudad de México. Un año después, presentó la muestra “Tlahuiltlahcuilo: el que escribe con la luz, retratos de personajes de la cultura mundial” en la Alianza Francesa de París. En 2005 recibió mención honorífica en el “Premio Cultura y Espectáculos”, convocado por el Auditorio Nacional como parte de la 6ª Bienal de Fotoperiodismo. Recibió el premio de fotografía de *Punto de partida* en 1982. Estas fotos forman parte de un portafolio dedicado al registro de festividades y tradiciones en México. Fueron tomadas en Guadalupe Gavillera, Oaxaca, durante las fiestas a la Virgen de Guadalupe, en 2005.



Árbol trombón



Árbol maguey



Árbol palcos



Árbol tlayudas



Árbol toro

Cuatro poemas

Víctor Cabrera

Cancioncilla checa

Mira a la dulce y frágil Ludmila
 (muchachita checa de dieciocho años)
 boqueando como un pez
 sacado de sus aguas,
 y en las fauces de entrambos tiburones
 hacer como si nada.

¡Y cómo nada Ludmila,
 la sirena de Praga!
 Cómo agita su cola
 y menea sus escamas
 en medio de ese par de escualos abusivos
 —lustrosos los arpones,
 enhiestas las carnadas
 que alterna la bella en sus papilas
 mientras sueña imposibles caramelos,
 golosinas que otrora paladeaba
 y que vuelve hoy a engullir
 ... aunque saladas.



Las cosas que hay que ver,
Neptuno, en estos mares
sin ser uno oficiante de tales ceremonias
—apenas, y si acaso,
de dura piedra estatua convidada
al marino festín delicuescente

si banquete es aquello que se horada:
la grácil muchachita,
la sirena de Praga,
la sórdida princesa,
la ex novia de Franz Kafka.

El quinto escarabajo (fábula checa)

Para “El Flaco” Uribe

goyito samsa soñaba con ser el quinto Beatle / un beetle marginal / si bien notorio /
(por decir / : / menos que George y más que Ringo)

curtido en su moderna condición de bicho raro / dejó crecerse el joven los pelos y la
barba / y patillas de genuino escarabajo

gastaba largas horas el muchacho / rascando en su guitarra / acordes que sonaban
más a Zappa que al Cuarteto / mas no quería gregorio parecerse a The Mothers of
Invention / porque él seguía soñando / con ser el quinto Beatle

(por su parte la familia / los vecinos la novia la mucama / lo miraban de reojo /
igual que quien tolera / el zumbido de la mosca en un almuerzo)

mas hete aquí que una mañana / gregorio samsa despertó sin su coraza / : / adulto ya /
maduro y responsable / quemó sus naves / cortóse la melena y las agallas / sentó
cabeza / casó con una dama / siguió al pie de la letra / los consejos de su padre / así
que se asoció / con un señor de nombre Pancho Kafka

y prosperó / e hizo fortuna en el mundo de las letras / (tan arduo que es hacerse de
un nombre en el negocio) / y esparció por el mundo su simiente / y triunfó y fue por
fin Gregorio Samsa

(aunque en el fondo no dejó / de ser un bicho raro / porque él seguía soñando / con
ser escarabajo)



Dibujo de Laura Monterrubio sobre un collage del autor

Soneto 12

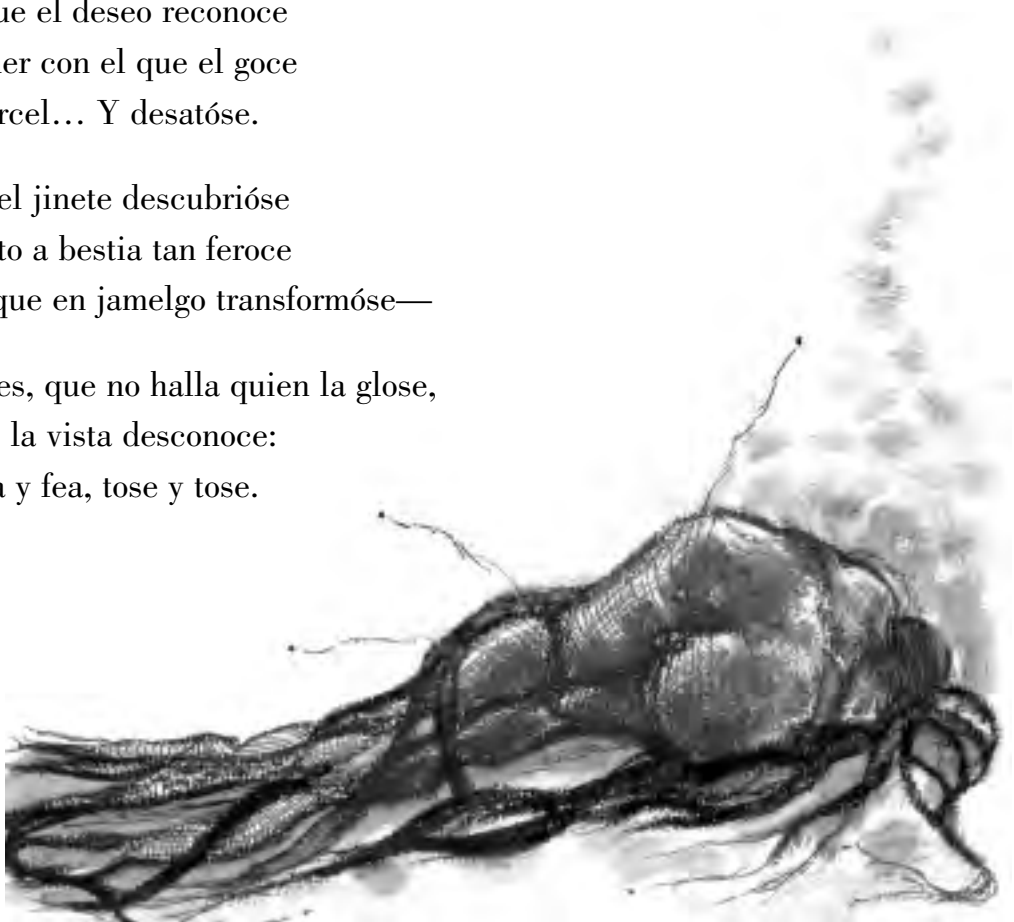
Cf. Marcial I, 10*

Pintaba para más, mas despintóse:
De sed, como la rosa, marchitóse
la leve flor que, anoche, al leve roce,
de placer en espasmos consumióse.

Sonaba bien —¿y bien?: Desafinóse
el arpa en que el deseo reconoce
el exacto tañer con el que el goce
desata su corcel... Y desatóse.

Mas al alba el jinete descubrióse
yacente junto a bestia tan feroce
—el corcel que en jamelgo transformóse—

tan fiera, pues, que no halla quien la glose,
prodigio que la vista desconoce:
Ajada, cruda y fea, tose y tose.



* Marco Valerio Marcial, *Epigramas*, Vol. I, introducción, traducción y notas de Juan Fernández Valverde y Antonio Ramírez de Verger, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos, núm. 236), Madrid, 1997, p. 114.

Libre mercado

Para María Rivera

Del soneto alejandrino un príncipe ripioso
estuvo a verme por ver cuál es mejor poesía,
la suya, que llama sosegada, o la mía,
que en bucólico sosiego halló aliento rijoso.

No preguntes si de Julio* el ritmo contagioso
o de Fabio* sin raíz, si bien de Alejandría,
prefiero yo los versos a aquellos de María*:
A qué juntarlo todo en examen enfadoso.

Lo dijo bien Hernán*: peritaje sobre nada,
Natura nunca junta a otoño y primavera,
a cada anochecer lo sucede una alborada

y sabe cada cual ser mejor a su manera.
La mora no es peor que la güera apiñonada:
Si gustos no existieran, el poema no vendiera.

* Poetas de la época (N. del A. para un futuro E.).



Poemas

Raquel Barragán Aroche

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

Juegos primigenios

Mi papá era un geólogo anónimo,
se postraba en las piedras con nombres,
y vislumbraba el descanso eterno
Construía el sacerdocio de los minerales.

—¿Cómo llamabas las piedras en el tiempo
y sus años fósiles de ojos negros?
—estibinita, cinabrio o rutilo
Nombres de antiguos juegos infantiles.

Mi hermana era un mineral
que evolucionó en las letras
de su nombre: G a l e n a.

En aquellas fotos aprendí el oficio del geólogo
Partí y medí las piedras del patio
algún día tuve la certeza:

la vida y la muerte empiezan ahí.



Dibujos de Manuel Díaz, ENAP, UNAM



Sucede que se cansa de ser hombre

Antes de que el hilo se rompa o el cántaro se quiebre
 El gallo ya no querrá cantar tres veces
 pero ahí estará Pedro convertido en payaso,
 repitiendo el mismo acto eternamente

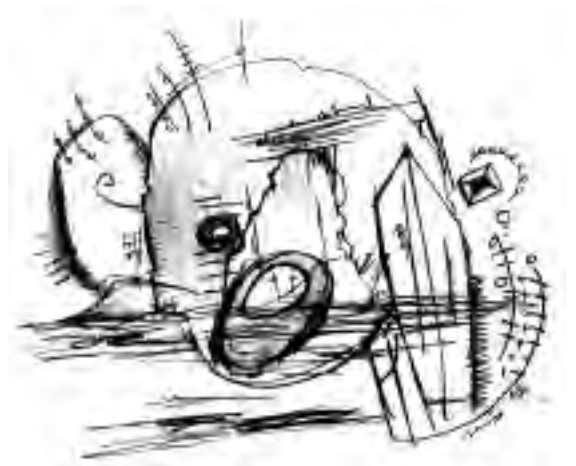
Una existencia de piedra

Y volverán los minerales al polvo
 y su aliento de vida a la piedra

Mi boca rozará sus nombres con
 la punta de la lengua

Otra edad de piedra
 La edad de piedra
 Más piedra que la piedra

Y seremos otra vez coágulos
 De roca
 De cristal
 En tierra





Rocacero

Las piedras caen del cielo:
 ¿Quién llama desde la eternidad?
 ¿Quién habla con la voz más vieja del mundo?

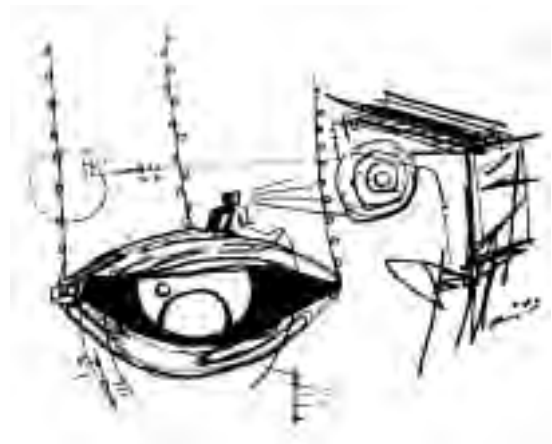
Dios tiene sonido de piedras.

Montevideo I

Si uno camina por las calles de Montevideo,
 la semántica de las miradas cambia
 Uno está tan lejos de los ojos que siempre ha visto,
 del código que conoce.

Tal vez aquí hay que parpadear más
 o mantener más tiempo la mirada
 o arrancarse una pestaña mientras mira.

Miradas que reconocen rincones adustos
 y recuerdos de violencia,
 yo sólo alcanzo a ver la vidriera
 de un banco con letras rojas.



Un tipo con suerte

Miguel Tapia Alcaraz

SORBONNE NOUVELLE-PARIS 3

Dibujos de Juan Salvador
Durán García, ENAP, UNAM

Cuando ella desapareció tras las mesas del fondo, Julio me miró y me dijo: “Sin duda eres un tipo con suerte.” Sostenía en la mano un vaso con cerveza y media sonrisa cruzaba su rostro. Lo miré fijamente tratando de medir sus palabras. Lo había imaginado más alto, tal vez un poco más grueso. Definitivamente con otro peinado distinto a esa maraña rizada que le daba a veces un aspecto casi cómico. Julio desvió la mirada hacia la calle. Así sentado frente a mí, no parecía ser la persona que Carla me había descrito con tanto esmero. Me pregunté cuántas cosas se había callado sobre él. Su rostro era apacible, aunque por momentos cierta dureza se traslucía en las arrugas de su cejo. De pronto me sentí ridículo buscando descifrarlo de esa manera. Mi cerveza estaba fresca. En la calle la luz era violeta y el aire frío anunciaba la lluvia. Las mesas del café se iban llenando de figuras que se desencogían sacándose abrigos y bufandas. Dentro, las luces se encendían tenues mientras la música ofrecía ritmos apresurados, melodías aéreas. Julio golpeteaba con dos dedos sobre la madera de la mesa, mirando pasar a los transeúntes.

Seguíamos hundidos en una tregua de silencio cuando Carla volvió. ¿Qué pasa?, dijo sonriendo mientras se sentaba, mirándonos alternadamente. El espacio era pequeño, y para entrar entre la silla y la mesa Carla debió hacer un giro de cadera, justo a unos centímetros de mi rostro. La miré plenamente, casi sin darme cuenta primero, con toda intención después. Seguí el movimiento de su delgada cintura, que se estiraba ya en la silla, mientras sus manos echaban hacia atrás el cabello castaño y liso. Entonces caí en cuenta de las ventajas de mi posición aquella noche. La recorrí lenta, cercanamente, con el placer de una travesura doble; como un doble pisotón del que nadie podría quejarse. Noté cómo Julio mantenía con disimulo la mirada en dirección a la barra. Luego de unos segundos Carla me miró, sin expresión pero largamente, como en una suave reprimenda. “Esto fue todo idea tuya”, pensé para mí



mismo, y la forma en que se ruborizó me persuadió de no exteriorizarlo. En cambio sólo dije:

—Nada, hablábamos del azar.

Carla bajó la mirada y se acomodó en su sitio. En sus mejillas el rubor se acentuó. “¿Y entonces cómo volvieron?”, dijo finalmente, dirigiéndose a Julio. Habíamos olvidado su relato interrumpido. Julio se inclinó sobre la mesa, bebió un trago grande de cerveza y retomó la historia que había dejado inconclusa cuando Carla se levantó. Lo escuchamos en silencio. Vimos sus ojos inquietos hablando con sus diferentes aberturas, sus manos de flautista agrandando las palabras. Hablaba con claridad y entusiasmo, acentuando los momentos precisos, y dirigía frecuentemente su mirada hacia mí. Julio y sus compañeros estaban en el fondo de una barranca, bajo una tormenta nocturna en un día de campamento. Encogidos bajo la lluvia, fatigados junto a las insuficientes tiendas, trataban de tomar una decisión sobre si quedarse en el lugar y esperar que escampara pronto, o emprender el no menos arriesgado regreso bajo la lluvia. Carla lo seguía con atención, y se llevó una mano alarmada a la boca cuando una de las integrantes de la expedición sufrió un ataque de histeria y caminó bosque adentro. Yo no pude menos que

reconocer para mí mismo que Julio sabía contar historias. Incluso me sentí bien: me estaba divirtiendo. Carla tomó mi mano sobre la mesa con un movimiento que me pareció brusco, y la acarició suavemente despertándome un intenso escalofrío.

Miré con disimulo mi mano, y la mano de Carla sobre ella, ligera y blanquecina. Cuando Julio narró el regreso en caravana a través del bosque oscuro, con sólo una vela como iluminación, los ojos de Carla se encendieron con una candidez delatora casi insostenible. Mierda, pensé, y deseé por primera vez desde que acepté su proposición de aquella mañana, no haberme equivocado.

Terminamos las cervezas y salimos del café. No teníamos un rumbo definido. Comenzamos a caminar bajo la noche fresca, sin prisa, aprovechando una pausa en la lluvia. Nuestras voces se escuchaban repetidas por los altos edificios que nos rodeaban, viejos y con amplios ventanales. Llegamos a la esquina con el boulevard. La calle se había dormido con la lluvia, y ahora sólo se veían algunas sombras aisladas saltando como gatos de un café a otro, de la puerta de un coche a algún restaurante, reacios aún de la lluvia.



—Bueno... —dije luego de una pausa y esperé la reacción.

—¿Qué? ¡No me digas que ya tienes sueño! —saltó Carla.

—Pues... no es muy tarde. Pero mañana hay cosas por hacer, cariño —y esta última palabra sonó tan solitaria, tan extranjera en la noche apacible, que temí que los vecinos salieran a sus ventanas a husmear, extrañados.

—Para mí es igual dormirme ahora o más tarde. Si quieren busquemos un trago más y luego nos vamos —concilió Julio.

—¡Sí! Podemos caminar hasta la calle de la plaza, ahí seguro que hay un lugar tranquilo.

Mientras decía esto Carla se irguió, cogida de mi brazo, y se pegó a mi costado, señalando en dirección a la plaza. Mientras discutía con Julio el camino a seguir, adelantada un paso en la dirección señalada, me ofrecía en perfil la vista de su nuca bien peinada, de su rostro radiante, de su pecho a toda asta. Aunque por un segundo rechacé la idea, no pude evitar aprovechar la situación. En aquella postura, sus senos cobraban un realce mayor al que ya le daba aquel escote, inédito para mí. Además de la curiosidad y cierta picardía pueril, una duda atraía mi vista hacia su pecho inexplorado. Algo distinto emanaba de su cuerpo aquella noche. Desde luego era el mismo cuerpo de siempre, armonioso, agradable a la vista, casi cándido, pero su presencia había cobrado una doble significación: una cierta investidura que imponía distancia, cerraba caminos a la vez que profería invitaciones secretas. Esto era tal vez producto de aquel vestido, o tal vez la fuerza de ese llamado que, aunque disfrazado, Carla emitía aquella noche casi con desesperación. Un grito oculto que colmaba incluso mis propios sentidos. Cuando ella volteó a verme, yo seguía absorto. Con un pequeño gesto alzó su hombro y golpeó mi cabeza, que yo mantenía ladeada sobre su escote. Luego los tres juntos nos pusimos en marcha rumbo al bar.

Mientras caminábamos aproveché para hablarle a Julio sobre mi trabajo. Después de todo, estaba en mi rol buscar un acercamiento con él, y Julio tendría que estar de alguna forma resignado a una pequeña charla de compromiso. Carla, sin embargo, se hundió en el silencio y se limitó a asentir con la cabeza mientras mantenía la vista fija en la acera, distraída en sus propias reflexiones. Caminaba entre los dos. En un momento me dio, sin motivo, un fuerte apretón en el brazo derecho, del cual venía tomada. Fue todo. Un apretón en el brazo y siguió caminando sin levantar la vista. No pude discernir si se trataba de un movimiento instintivo, de un reflejo o de un llamado, un aviso, como un letrero que anuncia un peligro próximo en la ruta. Después, su mano fría acarició mi antebrazo de manera ostentosa. A pesar de la charla de aquella mañana, del repaso de la vaga e ilusa estrategia de Carla, de mi corta pero concienzuda preparación, aquellos gestos no dejaban de provocarme sorpresa y, hasta cierto punto, un extraño morbo adolescente.

Se había presentado temprano en mi casa. Volví a verla ahí, frente a mi puerta, frotándose las manos nerviosa y sonriente, mirándome encogida como en una disculpa anticipada. Supe de inmediato que aquella visita no era como las otras. Aquella Carla me intrigó por su novedad, por su aparición insospechada. Sentada en un sofá, con la mirada un tanto perdida, Carla se mostró contradictoriamente decidida.

—¿Y por qué habría de funcionar? —la atacó, buscando una fisura en su determinación.

—¿Por qué no? Tú mismo me hablaste alguna vez de cómo esos encuentros suelen remover sentimientos... ocultos.

—Cuando los hay.

Carla calló. Miró hacia un rincón antes de volver a mí.

—De acuerdo, ¿y por qué yo? —pregunté para ganar tiempo, aunque sabía la respuesta. Y fui incapaz de negarme.

Las calles mojadas repetían el alumbrado público en silencio. Caminábamos bajo una lámpara que zumbaba, indecisa entre la oscuridad y una luz moribunda. Como una luciérnaga rojiza. Recordé la historia de Julio, el regreso entre los árboles del bosque, con las luciérnagas por única guía en la oscuridad. Identifiqué nuestra caminata con aquella caravana asustada. También nosotros avanzábamos sin conocer el camino. Ellos bajo el bosque, nosotros entre las calles solitarias. Ellos huían de la tormenta. Nosotros, ¿de qué? De pronto me volvió a la memoria la sonrisa enorme, el estallar del rubor en el rostro de Carla cuando asentí a su petición.

Al fondo de la avenida dos haces de luz anunciaron un auto. Lentamente giró desde una avenida más grande y se perfiló hacia nosotros. Carla caminaba con apariencia segura, aunque ahora, me parecía adivinar, no sabía muy bien de qué. El coche avanzó primero con lentitud y aceleró luego de manera continua. Los tres alzamos la mirada y la fijamos en él, deslumbrados por los faros. Vimos su forma definirse a medida que ganaba velocidad. Sentí el cuerpo de Carla encogerse contra mi costado, de manera casi imperceptible. Era un convertible. Un auto último modelo, blanco y limpiísimo, con una joven pareja a bordo, corriendo en una noche de lluvia. Hacia la mitad del camino el convertible seguía acelerando y sus bramidos se volvían insoportables sobre la calma de la noche. Vista desde el frente, su trayectoria parecía vacilar en movimientos milimétricos hacia ambos costados, reafirmandose cada vez sobre la línea recta que dividía la calle en dos. Vi la melena oscura de la chica en el asiento del copiloto. Adiviné su carcajada. Vi las gafas oscuras del conductor, sus manos enguantadas aferradas al volante, el viento azotando su rostro. Me pareció que el auto se acercaba a la acera, que caía en la cuneta con agua levantando una ola de lluvia lodosa. Imaginé cómo bañaba completamente a Julio, que caminaba de ese lado de la acera, cruzando su abrigo café claro con una espesa marca de lodo. Pero Julio empujó desde la orilla justo en el último momento y nos obligó a parapetarnos contra un zaguán. La ola de agua, violenta y delgada, pasó justo a su lado, salpicándolo apenas.

—¡Hijos de puta! ¡Borrachos cabrones! —estalló Julio, el puño al aire.

Yo no pude evitarlo y reí a carcajadas, sin ningún disimulo. Carla nos miraba a los dos desconcertada, incapaz de decidir entre la risa y la solidaridad. Cuando se cansó de gritar, Julio se volvió hacia mí y me miró con las manos sobre la cintura, el rostro encendido, como evaluando qué hacer frente a mi actitud. Finalmente sonrió resignado y, sacudiendo las pequeñas gotas de su abrigo, me dio dos frías palmadas en la espalda antes de seguir andando en dirección al bar, acompañado de

Carla. Yo tardé aún algunos segundos antes de poder enderezarme y seguirlos, lidiando con los interminables accesos de risa que me obligaban a detenerme cada tres pasos, los brazos cruzados sobre el vientre. Imaginaba el rostro de Carla, ahí al frente, hablando bajo con Julio, contándole cualquier cosa para distraerlo del incidente. La imaginaba al escuchar mis repentinas carcajadas, maldiciéndome, y mirando la ira contenida en los ojos de Julio, que se lo tomaba con filosofía. Y luego lo imaginé de nuevo a él bañado en lodo, escurriendo por todos lados, disculpándose al último momento, no podría entrar así a ningún sitio, pediría un taxi para volver a casa pero prometía llamarnos y vernos en otra ocasión. La risa se me terminó de golpe cuando caí en cuenta de que aquello habría sido el mejor final para la velada.

Cuando entramos al bar yo ya no reía. Habíamos dejado atrás el incidente del convertible y hablado un poco de cine, lo cual sirvió para enterarnos de que a Julio no le gustaba el cine contemporáneo, y para que Carla se callara sus comentarios sobre lo anticuado que, lo sabía yo bastante bien, debía parecerle el gusto cinematográfico de su amigo. En el sitio, donde la mitad de las mesas estaban ocupadas, se escuchaba jazz moderno y clásico, para beneplácito de Julio, que reconocía casi cada pieza. Entre silbidos y tarareos nos comentó los pormenores de las distintas grabaciones, con aparente exactitud y dominio del tema. Nos atendió una mesera joven y rubia. Julio le hizo un par de preguntas sobre el tema que escuchábamos. La rubia no supo responder. Pedimos tequila y vodka tónicos, y después de algunos brindis Julio demostró que el mal rato había quedado atrás desempolvando un par de chistes. Carla rió deliciosa, pero exageradamente. Bebimos otra ronda. Yo hablaba poco. Bebía y pensaba cada vez más. Carla contó a su vez un chiste, de una inocencia ofensiva, que fue gracioso sólo por la forma en que lo enredó todo sin ser capaz de llegar al final. Julio lo festejó mostrando sus dientes. Yo me sentí de pronto en el jardín de la escuela, lamiendo un caramelo enorme y pensando en levantarle la falda a la mesera, que era sin duda la niña más bonita de la clase, y ridículamente conté algún



cuento que me vino desde la memoria más infantil. Algo sobre primeras experiencias sexuales y complejos de mocosos imberbes. Nadie rió cuando terminé de contarle y me disculpé para ir al baño, molesto conmigo mismo.

Caminé lentamente entre las mesas. En la parte trasera del lugar la música sonaba con más fuerza. Casi en el fondo, cuatro mujeres jóvenes estaban sentadas ante una mesita. Una de ellas, de cabello rizado y oscuro, me siguió con la mirada. Frente al espejo del baño admití que estaba cansado, que tal vez había bebido demasiado, y que aquella velada ya no era divertida. El teatro no había ido mal, pero necesitaba un final antes de que todo se fuera a la mierda. Porque además de la evidente inutilidad de la estrategia de celos de Carla, aquello estaba tomando tonalidades muy desagradables. Si Carla quería despertar algo en Julio, si quería hacer resurgir sentimientos profundos que sólo ella sospechaba, o si prefería subirlo por la fuerza a un coche y llevárselo para siempre era algo que a esas alturas me tenía sin cuidado. Pero era mi posición en el juego lo que me molestaba. ¿Por qué tenía que soportar esas escenas acarameladas? Si en verdad yo fuera quien aquella noche pretendía ser, aquello me enfurecería. ¿Por qué debía yo quedar, además de como mal actor, como novio imbécil? Y si el tal Julio era tan listo, ¿por qué se dejaba arrastrar hasta esta situación sin reaccionar? Me mojaba el rostro cuando comencé a sospechar una estrategia de contraataque de parte del músico. Creí descubrir incluso una estrategia conjunta de parte de ambos. Carla y Julio. De manera tácita o declarada, daba lo mismo, ellos tendrían un plan para encontrarse en algún punto sin correr demasiados riesgos, utilizándome a mí como escudo. Quizá, por dentro, el único que no reía era yo.

Salí del baño. Le diría a Carla que debíamos partir. Cualquier pretexto serviría. Las chicas de la mesa del fondo ya se habían marchado. Las luces del lugar me parecieron aún más suaves, la música más lenta. Me sentí perdido entre las mesas, pero descubrí en la penumbra las siluetas de Carla y Julio. En mi camino a mi sitio la mesera rubia pasó junto a mí y me sonrió. Algo en sus labios pasando cerca de mi rostro se me reveló inquietante. Carla y Julio leían divertidos algo escrito en un papel, los rostros muy cercanos junto a la luz de la vela en el centro de la mesa. Reían leyendo al unísono, haciendo énfasis en algunas palabras, como si ensayaran un discurso aprendido de memoria. Me senté y Carla sólo hizo un gesto ambiguo que interpreté como una invitación para unirme a ellos. No gracias, pensé, y busqué a la mesera para pedir otro trago. Pedí una nueva ronda de bebidas, pero Carla canceló la suya en el acto. En cuanto la mesera rubia dio media vuelta y se alejó rumbo a la barra, caí en cuenta de que era bellísima. Carla reía aún con Julio, quien guardaba a su vez el papel en la cartera. Ella debió notar mi incomodidad porque me dijo sonriendo tiernamente que se trataba de un extracto de la última carta de un viejo amigo común, o algo por el estilo. Después Carla vaciló un poco, me tocó una rodilla por debajo de la mesa y se disculpó para dirigirse al servicio. La rodilla y no la mano. Bajo la mesa y no por encima. La sombra y no la luz. ¿Para quién era aquel mensaje? Julio sonreía aún con las mejillas coloradas. En ese momento algo en la velocidad del tiempo cambió. La mesera se acercó a la mesa con nuestras bebidas y

preguntó si se nos ofrecía algo más. Le dije que no y contuve el impulso de pedir la cuenta, pero Julio la retuvo. Le hizo dos preguntas y luego, con un gesto que transformó su imagen en una fracción de segundo, pidió la carta. Volvió luego hacia mí sus ojos inyectados ahora de un cinismo repentino y feroz, y sin embargo de algún modo sospechado.

—¿Cómo ves? —me dijo—. Para mí que me pido la especialidad de la casa. Para llevar, claro.

—¿Qué?

—Sí, hombre. Ya sé que hoy te estás portando bien, pero no te hagas el inocente. ¿Qué no le pondrías un depa? Una niña así, es una lástima que trabaje en este lugar.

La mesera pasó en ese momento de nuevo junto a nosotros y Julio le dedicó una larga sonrisa. La pieza terminó y a ella se encadenó un sonoro *jungle* de Duke Ellington que yo conocía bastante bien. Algo en la sonrisa de Julio, en su mirada que volvía apenas de las piernas de la mesera, me dijo que él no lo celebraba tanto como yo. Hay momentos que son decisivos en el curso de una noche, en la historia final de una velada. El ríspido sonido de un diamante cayendo en los surcos de un acetato tiene el poder de marcar para siempre la atmósfera, de hacer surcos imborrables en la noche, aun cuando no estés escuchando. Pobre Carla, no debió entender nada. No en el momento en que salió del baño, ni aun cuando intentó reconstruir los hechos, horas después, sin llegar a una conclusión lógica. Por lo menos comprendió, luego de algunos intentos, que nada ganaría haciendo preguntas. Nada podrá explicarle la mesera rubia, que luego de mirar fríamente a Julio se aleja sonriente hacia la barra. Ni Julio, que no escapa al encanto de aquellas piernas y sigue con la mirada aquella falda sugerente. Julio que evoca después, mirándome socarronamente, alguna idiotez sobre la complicidad entre varones, guiña entre risas su solidaridad ante mi calidad de acompañado. Nada podrá entender aunque pudiera ver la forma en que el músico evoca fantasías sugeridas por aquella minifalda, la sonrisa insoportable deformada por el alcohol. Nada sé yo mismo de cómo ni por qué razón de pronto me abalanzo sobre él, tumbándolo de la silla, y le asesto un puñetazo en pleno rostro, sintiendo que mis sienes disparan calor como un par de lanzallamas. Siento la solidez de mis nudillos contra aquellos



pómulos enrojecidos, contra aquella sonrisa que me parece permanecer. Siento que la sobriedad me vuelve al cuerpo, salvando la embriaguez músculo a músculo, latido a latido. Carla vuelve entonces corriendo para descubrirnos a los dos rodando por el suelo, entre las mesas, Julio defendiéndose, yo atacándolo. En algún momento dos manos poderosas me sujetan y siento el cuerpo de Julio alejarse de mí. Dos tipos, meseros tal vez, nos someten y nos echan fuera a empujones.

Ya en la acera pude ver a Julio, desconcertado, recargarse contra un auto y cubrirse el rostro ensangrentado con las manos, buscando recobrar el control. Yo lo miré sorprendido, como si todo aquello no tuviera nada que ver conmigo. Luego vi a Carla, que salía también del bar, nos miraba asustada y se inclinaba después sobre Julio, compadecida. La escena me pareció lejana; mi presencia en ella un error, una asincronía. Les di la espalda y comencé a caminar. Escuché mis propios pasos alejándose de la voz de Carla, que se dirigía queda y nerviosa a su amigo. Aturdido, caminé por las calles mojadas rumbo a casa. Por la comisura de mis labios bajaba un hilo de sangre. El pómulo izquierdo repetía con fuerza los latidos acelerados del corazón.

Caminé durante veinte minutos, tal vez más. De la furia pasé a la angustia. Un

temblor nervioso se apoderó de mis piernas y brazos. Luego el calor

de la caminata me trajo una tranquilidad pesada, que se combinó

con el dolor físico bajo la llovizna. Un frío cortante

entró por mi espalda mientras la resequedad invadía mi boca.

Caminé encogido, los brazos cruzados sobre el pecho, pensando de nuevo en aquel

convertible impecable sobre las calles solitarias, como un fantasma recorriendo la ciudad.

Volví a imaginar a Julio empapado de lodo, disculpándose y huyendo a casa, el rostro encendido de vergüenza y furia.

Aquel hubiera sido un buen final, me repetí.


Del otro lado de la avenida se detuvo un auto. Un taxi. De él salió una figura femenina.

Pagó apresuradamente, cruzó la calle y comenzó a caminar detrás de mí.

Mientras escuchaba sus pasos acercarse, un calor medular recorrió mi cuerpo.

Carla me alcanzó al fin, se colgó de mi brazo y caminó apretándose contra mi costado.

Sus manos estaban frías. Anduvimos en silencio y sin prisa, sumidos en nuestros pensamientos.

Cuando descansó su cabeza sobre mi hombro, la lluvia y el frío habían desaparecido. 

desaparecido. 



De tierra y luz: regionalismo, tragedia y barroco en la prosa de Severino Salazar

Rodrigo Martínez

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES, UNAM

“**N**o espero nada de la literatura. Sólo es un juego; un pasatiempo. No escribo para vivir. Tengo un trabajo. Las letras son una actividad maravillosa que ejerzo en mi tiempo libre. No sé para qué sirven. Únicamente sé cuánto me gusta leer. Quizá la literatura sólo es un divertimento que nos enseña algo sobre el ser humano o, tal vez, un mecanismo para experimentar las vidas de los otros.” Cuando Severino me dijo esto durante una entrevista me sorprendí porque su obra parecía contradecir esa declaración. ¿Cómo una prosa tan vasta y madura podía ser producto del esparcimiento? Sólo entendí esta afirmación cuando noté que su mirada sobre la vida no era igual que la de sus personajes. Él no era trágico, sino humorístico. Por ello capté el interés de su pasatiempo cuando, como él, logré fascinarme con la vida de los otros.

Hace dos décadas, Severino publicó *Donde deben estar las catedrales*, obra que marcó su irrupción en las letras mexicanas pues recibió el Premio Juan Rulfo para primera novela. A partir de entonces, sus ficciones comenzaron a transformar la imagen de Zacatecas en una especie de región mítica. Tepetongo, el pueblo natal del autor, fue el bastión de esta resignificación literaria pues, igual que un microcosmos, lo contenía todo. Tepetongo era universal porque se volvió cuna de dioses y casa de mitos. Y es que Salazar, un magnífico heredero de las letras inglesas, dio forma a un mundo literario que fue comparado infinitamente con la Yoknapatawpha de William Faulkner, pero que, más bien, era el pretexto artístico para forjar una prosa repleta de símbolos; una prosa con aires de universalidad que jugueteaba con elementos ultrabarrocos. En su escritura todo tiene significado. Cada episodio, cada personaje, incluso los pensamientos y acciones, son semánticos e, invariablemente, denotan tragedia.

El autor de *Los cuentos de Tepetongo* intentó la difícil tarea de escribir únicamente sobre la región de Zacatecas. Éste, sin duda, fue su proyecto literario. Severino pretendió resignificar su patria. Quiso reinventarla y sacudirla con palabras e historias. Este anhelo lo convirtió en heredero inmediato de Jesús Gardea y Gerardo Cornejo, quienes protagonizaron el retorno del regionalismo en la narrativa mexicana después de la primera mitad del siglo xx. Y es que, aún cuando este género no desapareció, su calidad fue desmoronándose. Incluso hubo una época en que la prosa urbana y cosmopolita opacó a la regional. Por años escasearon obras destacadas. Sólo teníamos



Severino Salazar.
Fototeca del Conaculta /
INBA / CNIPL
Foto: Ítalo Fabricio



Severino Salazar.
Fototeca del Conaculta /
INBA / CNIPL

a los pioneros del género que, a mi gusto, son algunas de las cúspides de nuestras letras. Me refiero a *Rosenda*, de José Rubén Romero; *El resplandor*, de Mauricio Magdaleno; *Al filo del agua* y *La tierra pródiga*, de Agustín Yáñez, y las dos piezas de Juan Rulfo: *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*.

A pesar de los nexos entre la obra de Severino y sus antecesores, varias particularidades lo hicieron diferente. Con un simbolismo muy peculiar, en el que los personajes y objetos comunican ideas trascendentes, materializó un Zacatecas mítico. Como se descubre en *Tres noveletas de amor imposible*, esta región literaria, que resulta entrañable por el imaginario fantástico que la circunda, rescata pinceladas sobre la historia de la antes llamada Nueva Galicia. En esta prosa asistimos a la reescritura de leyendas regionales o sucesos históricos. También se refieren problemas socioeconómicos locales, especialmente el fenómeno migratorio. A esta base —que denomino tangible puesto que es la materia de que se sirvió el autor— se adhieren otras singularidades. Por doquier hay personajes grotescos, como venidos de la era romántica. Seres marcados por la angustia y rodeados de podredumbre, de imágenes que son rastro de la condición humana; casos trágicos, escenas fantásticas y cuestionamientos ontológicos que tienen un cometido, el cual, antes que una búsqueda del sentido de la vida, es una justificación de la existencia misma. Por ello, en su última novela, *El imperio de las flores*, Severino retomó el fatalismo de su primera obra. Allí, Juana Gallo, aquella figurita extraviada de *Donde deben estar las catedrales*, resurge andando cual ermitaño en la angustia. Juana es un Sísifo femíneo, un Sísifo zacatecano cuya semántica, de nuevo, apunta a la miseria.



El imperio de las flores, con influencia de Luisa Josefina Hernández, es una novela de desamor con base en el relato “No hay muerte mayor”, publicado en *Las aguas derramadas*, donde la protagonista, como he dicho, reelabora el mito de Sísifo con originalidad. En ella, Paulina Zúñiga, una profesora de preparatoria, intenta rescatar un romance pasado con su pupilo Pedro de Osio, quien había decidido marchar en brazos de otra enamorada. La profesora descubre que el muchacho sufrió un incidente catastrófico. Amargada por esta pérdida y por la muerte de un loro que le obsequió su padre en la infancia, experimenta una metamorfosis hacia la decadencia. Una metamorfosis con la que, curiosamente, Severino dio respuesta y justificación a la angustia de sus personajes. Y es que a partir de la muerte de otros, cuando brotan las añoranzas y los desvelos fúnebres, es cuando comprendemos que el vivir de los otros es una transformación ineludible hacia la ceniza; pero, al mismo tiempo, es un proceso saludable, necesario y, a menudo, patético.

En sus novelas, Severino acudió a la mitología universal. Con ello solía manifestar el sentir de sus personajes. Un sentir invadido por el absurdo; es decir, en el que cada hombre, sumergido en la vorágine del desierto y la soledad, era una suerte de antítesis plural. Antítesis que se presenta como dualidad, como un binomio de contrarios donde vida es muerte, cordura es demencia y soledad es compañía; una dualidad en la que los hombres son bestias y mitos al mismo tiempo que sólo son materia. En muchos personajes hay desamparo. En varias historias hay orfandad. Y, con excepción de *Desiertos intactos*, cuyo exceso de símbolos arruina la forma y temperamento de los protagonistas, esta dicotomía multiplicada por ideas y metáforas fue el bastión que distinguió a Salazar de sus colegas regionalistas. Aquí, a diferencia de Yáñez en *La tierra pródiga*, la tragedia no es por amor y ambición terrenales; es por abandono, aquí no existe la rudeza de la gente que muestra Gardea en *El tornavoz* o *La canción de las mulas muertas*; aquí, incluso, todo arranca de lo material o lo tangible y se dirige hacia la ficción y el significado.

En su mejor novela, *El mundo es un lugar extraño*, el símbolo que liga los sucesos del argumento, la idea que los explica, lo encarna la huida de un loro. La pérdida del alma conduce a esa especie de Apocalipsis del Valle Encantado, o bien de un Zacatecas que también representa el Hades. Es cuando el protagonista, un carnicero llamado Valente Reveles, pierde la cordura y comete un crimen brutal. *El imperio de*





las flores, en cambio, explora en la significación espiritual de la flora zacatecana. Las flores dominan el relato. El jardín de la protagonista es el universo y representa un ciclo. Ese jardín que la Biblia vio como el edén y que Miguel de Cervantes usó para caracterizar el alma humana en sus *Novelas ejemplares*, es, en la mirada de Severino, como un círculo de fuego que gira trazando y repitiendo la misma figura hasta agotarse. Cuando las llamas ceden, el ciclo se ha consumado. Este ciclo es el acento de la novela; es Sísifo. Pero no se trata del mito de la antigua Grecia o el de Albert Camus: éste es femenino y, además, no recibe la punición por mandato, sino que se autocastiga porque en ello descubre un sentido para la existencia.

El matiz mitológico viajó con Severino desde su primera novela. En ella, motivado por una leyenda local, dio forma a Juana. Más tarde, en el cuento mencionado de *Las aguas derramadas* surgió Juana Gallo. Ambas figuras se consuman en *El imperio de las flores* pues descubren la indulgencia. Por ello, la mujer nota que el barril que empuja en el cerro de la Bufa contiene remedios para las flores, que si bien no rescatan el cuerpo sí ejercen maravillas en el espíritu; remedios que significan la permanencia del alma y, sobre todo, del ser. Sí, de este ser que, cada vez que comienza un relato, brota plagado de limitaciones. Este ser tan impío e infame, tan ingenuo y desolador, este ser que es como una plaga porque moldea el patetismo que caracteriza a los hombres. Este ser siempre grotesco.

Carniceros tuertos, músicos ciegos y mujeres lisiadas; mancos y locos, numerosos locos; gente sola y vieja; gente empolvada y con la piel convertida en corteza de árbol; gente extraviada en la angustia, todo esto imagen del ser en la prosa del zacatecano. Todos estos protagonistas abrevan en las novelas una y otra vez. Abrevan y zozobran como Pancracio, un trovador nómada que, en *El mundo es un lugar extraño*, relata la historia de un asesino despiadado, y en *El imperio de las flores*, resume la tragedia de Paulina —Juana— a través de sus corridos. Pancracio, el ciego, nulo ante el presente, es la voz del filósofo que reclama a la existencia un futuro menos incierto; un futuro que no perezca apuñalado por la navaja de la muerte o la demencia.

Y no sólo los seres humanos son grotescos y trágicos. Los animales, los objetos y los ambientes también beben de este cáliz. Beben del horror y la podredumbre. Descubrimos una pila de borregos muertos en una estación ferroviaria; el desmoronamiento de un edificio en cuya cima había guajolotes; el banquete de los perros

cuando lamen vómito sobre el desierto; una carreta destrozada por un furgón junto con sus jóvenes ocupantes; el crecimiento desproporcionado de los vegetales; los cadáveres de numerosos pájaros regados en la tierra; el amontonamiento de los gatos sobre un cuerpo inerte; la carne fría de una familia tasajeada y, en un gran lapso de realismo mágico, la metamorfosis de una mujer en algo que es Sísifo.

El primero de estos episodios —el de los corderos hediondos, que aparece tanto en *Cuentos de navidad* como en *El imperio de las flores*— así como el extravío de una niña en un campo y la neurosis de un hombre harto por el desierto, recuerdan el poderío que la naturaleza ejercía sobre la vida animal y humana en los clásicos del regionalismo hispanoamericano. Estas viñetas semejan la representación del ambiente que Rómulo Gallegos hizo en *Canaima* y José Eustasio Rivera en *La vorágine*. Además —y esto fue importante para el proyecto de Severino Salazar—, estas secuencias unifican su obra pues, constantemente, hechos y protagonistas se repiten en distintas narraciones. Volviendo a los corderos, *El imperio de las flores* perpetúa, entonces, la elaboración de la Zacatecas hipotética al vincular sucesos y crea un mundo semejante a la Delicias de Jesús Gardea y el Wessex de Thomas Hardy; un mundo literario que es siempre el mismo; una saga de Tepetongo, como dijo alguna vez Ignacio Trejo Fuentes.

En esta revisión de la obra salazariana he mencionado de manera recurrente *El imperio de las flores*. Acaso porque se trató de su texto más acabado, especialmente después de haber escrito *El mundo es un lugar extraño* y *Donde deben estar las catedrales*, las cuales considero obras muy firmes. Acaso porque goza de un personaje contundente, de una Paulina que relata sus calamidades con un lenguaje poético que a la vez contiene voces populares y regionales. Quizá sea la mejor porque, aún cuando los monólogos pudieron ser más introspectivos y dramáticos, el personaje convence por su plenitud y por la intensidad de sus emociones. Pero también podría serlo porque lo mitológico se reduce a una sola alegoría y porque no hay exceso de símbolos. Por otra parte, al tratarse del último trabajo que publicó, podemos considerarlo como el cierre de un ciclo, como la coronación de la historia iniciada en su primera obra, aquella de las catedrales, donde Crescencio Montes, Baldomero Berumen y Máxima Benítez son conducidos a la tragedia por el amor y el desamor; aquella donde Juana sube un barril al cerro de la Bufa al mismo tiempo que un arquitecto rememora su vida pasada.





Severino Salazar
 Fototeca del Conaculta /
 INBA / CNIPL
 Foto: Ítalo Fabricio

No sé, entonces, si el ciclo que cerró *El imperio de las flores* es lo que hizo de esta novela un documento especial, pero lo que puedo asegurar es que Paulina, o Juana, es la piedra angular de la novelística de Salazar. Ella, a diferencia de personajes tan débiles como el Sonaja de la *morality play* titulada *Pájaro vuelve a tu jaula*, es la mejor figura del autor y la más representativa. Y es que la conciencia de Paulina explora hasta el límite posible su propia existencia. Ella no sólo transmite la fatalidad, el absurdo y el barroquismo, sino que también resulta un vestigio de materia más humana y terrenal; una entidad más tangible y cotidiana; una persona e idea que, por lo tanto, se vuelve universal. Incluso, este personaje, que se suma a una lista de mujeres trágicas como Camila Natera, en *El mundo es un lugar extraño*; las Brillosas de *Llorar frente al espejo*; Yalula, de *Mecanismos de luz y otras iluminaciones*, y Terry Holiday, aparecida en *Los cuentos de Tepetongo*, es simultáneamente sobria y lírica. Como narradora de su propia verdad sólo cuenta lo necesario. No se excede. No cae en la exageración y la mentira. No es falsa y, en contraste con Sonaja,

cuya historia parece extraída de *Los papeles de Pickwick*, de Charles Dickens, es tan intensa que se sufre con ella. Por eso, allí donde estaba Paulina o su imagen como idea, como un absoluto, no sobran páginas, lo que sí sucedió con ese momento desafortunado que Severino tituló *Pájaro vuelve a tu jaula*.

En su narrativa, como se descubre al revisar cada obra, resuenan los ecos de Katherine Anne Porter, Scott Fitzgerald, las hermanas Brönte, Ann Radcliffe, Horace Walpole, Carson McCullers e Isak Dinesen. Ellos, por un lado, definieron el rumbo que Severino adoptaría. Pero, por otra parte, la estirpe de Mauricio Magdaleno, Juan Rulfo y Agustín Yáñez se congrega en una nueva estética que permitió al zacatecano constituir un cuerpo literario plagado de ideas trascendentes y que combinó el fatalismo de la novela regionalista mexicana, la fantasía de la literatura escandinava y el pensamiento que inició con Sören Kierkegaard y que Camus ejemplificó con el mito de Sísifo.

Este convite de voces literarias góticas, fantásticas y regionalistas devino un estilo ultrabarroco. Un estilo que no permite vacíos semánticos o visuales. Como en

la obra de Edgar Allan Poe, todo posee significado; todo es símbolo y, cuando no lo es, los seres y objetos se presentan como antítesis o alegorías. Como en el romanticismo, el autor yuxtapone opuestos: lo sublime y lo grotesco; la felicidad y la tristeza; el amparo y la orfandad: hay en toda su obra la emoción de la tragedia. El sentido de la vida en Salazar es la antítesis de la realización. El fin, como pensaban Kierkegaard y Heidegger, se halla en lo futuro; es decir, en una noción próxima al destino; en la culminación de un ciclo. Así cada personaje fluye en el río de su conciencia trayendo consigo solemnidad, misantropía y tragedia hasta completar un destino.

Para algunos, este estilo parecería anacrónico, pero a pesar de su perfil acumulativo, no es agotador o incomprensible. Salazar manejó diestramente sus influencias al combinarlas con técnicas modernas y con algunas vanguardias hispanoamericanas. Con esta exploración del pasado y el presente literarios conquistó la singularidad. Su obra es original porque contiene referentes que renovaron cierto sector de la narrativa mexicana. Por ello lo considero el pionero y, acaso, el mayor precursor del nuevo regionalismo mexicano.

“[...] un hombre es como los árboles, cuya misión es estar ahí, sólo para sacar a la superficie sus hojas verdes y sus flores y frutos del fondo de la tierra.” Esto dice Valente Reveles en *El mundo es un lugar extraño*, y en *Donde deben estar las catedrales*, una voz perdida exclama: “[...] me demostró que sólo somos tierra, que nuestra carne es tierra, que estamos hechos de tierra. Y todos somos tierra, entonces tanto ustedes como nosotros hacemos lo mismo”. Y eso que hacen los personajes de Severino es vivir y morir; es nacer de la tierra y sucumbir como polvo; es ser y rehacer materia. Eso que son, también, es destino e incertidumbre. Por su parte, el autor, con todo y que sólo hizo literatura como un pasatiempo, cosa que señalé al inicio, fue un escritor maduro y serio durante veinte años. Y, aún cuando repitió constantemente su mundo literario —que no su visión de la vida—, siempre fue capaz de sorprendernos pues supo escudriñar en símbolos totalizadores, en leyendas locales y maneras regionales para contarnos historias. Su prosa hizo votos de universalidad al dialogar con la condición humana, con los mitos que unifican el temperamento de los hombres y las bestias, y con el flujo cotidiano del pueblo donde nació. De aquí que en su última novela sentenció: “Sólo somos tierra y luz. Como las flores.” ❶



De la serie *Premoniciones*

Mario M. Reyes





Ser equívoco - Ser unívoco, xilografía y linóleo

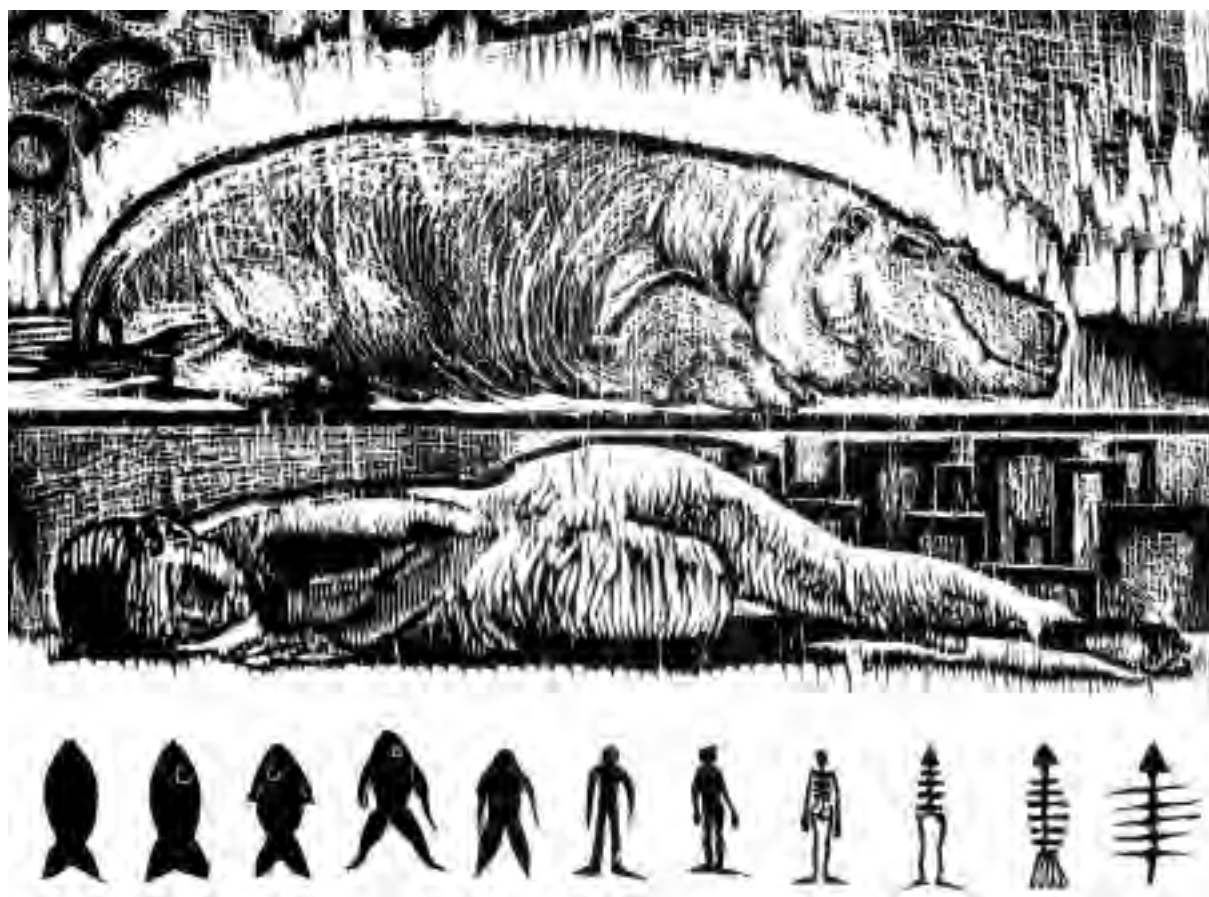
Sueños aislados, linóleo



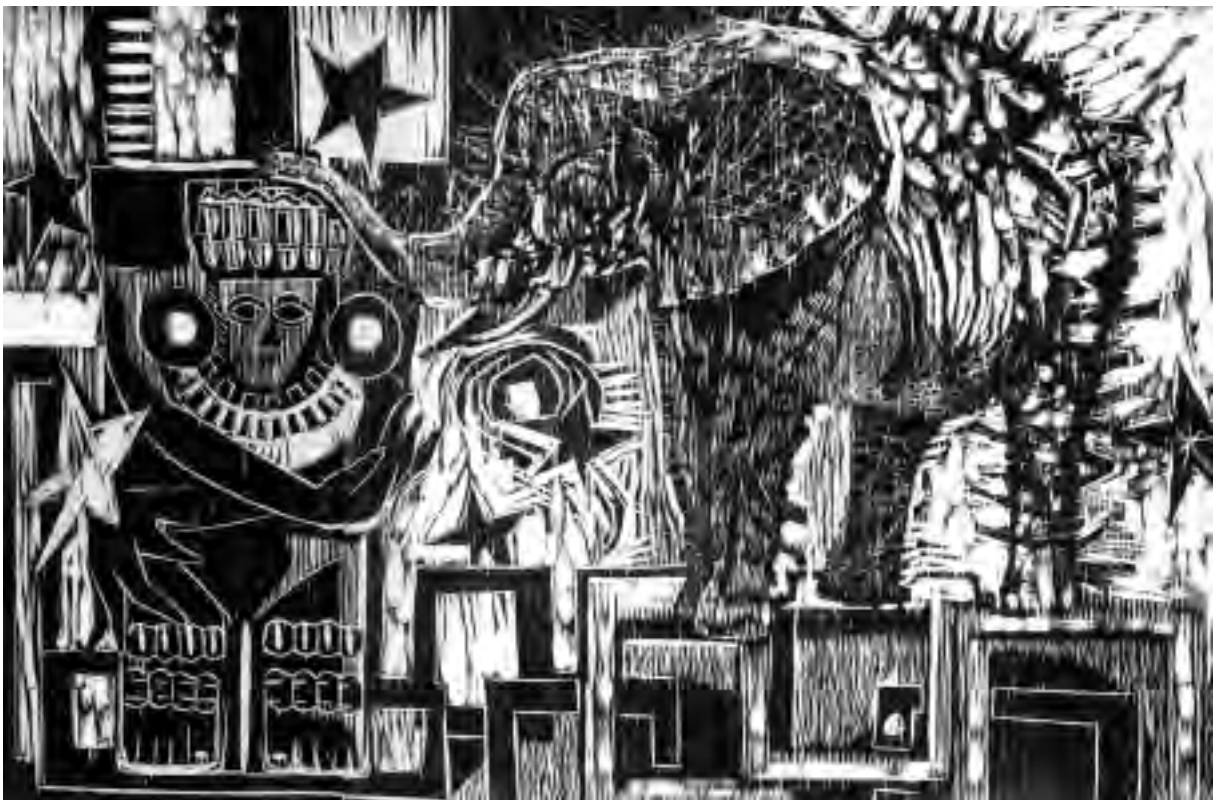
Sueños ordinarios, xilografía



Confabulación morfológica, xilografía y linóleo



Sueño premonitorio, xilografía y linóleo



Nube - Eternidad, xilografía

**PUNTO
DE PARTIDA**

**PUNTO
DE PARTIDA**



**PUNTO DE
PARTIDA**

Punto



punto
DE PARTIDA



Concurso 36

Sexta entrega

Tiempo muerto / Mención en fragmento de novela

Isabel Chavarría Salinas, Violoncello

Escuela Superior de Música, INBA

Jurado: Bernardo Ruiz, Gonzalo Soltero

Tiempo muerto

Isabel Chavarría Salinas

ESCUELA SUPERIOR DE MÚSICA, INBA

I Tiempo muerto

El enano se llevaba el dedo a la boca, chupándolo con deseo, como si fuera la verga de su amante. La música era cada vez más escandalosa y los bajos retumbaban despertando la pelvis, el sexo, el movimiento, el deseo, la noche con sus acuarrelas de cuerpos sudados perdiéndose en las sombras. Desde su silla de ruedas, el amante del enano alargaba los brazos en un ligero ademán para invitarlo a subir en sus piernas. Julián, el enano, trepaba apoyándose en los descansos para los pies primero y luego en la rueda detenida por una palanca. Finalmente, se paraba en las piernas de Rogelio, su amante, acurrucaba el rostro de él en sus manos y lo besaba, haciendo el beso cada vez más desordenado y violento. Las luces se apagaban y sólo se veían las siluetas de Julián y Rogelio, en medio de su gabinete rojo, iluminadas por una débil flama que ardía en el pabito de una vela al centro de la mesa.

La música cesó y, en su lugar, una voz anunció a Cecilia y Lulú. Dos mujeres salieron a un pequeño entarimado. Una vestía un traje vaquero con piedras café brillante en el cinturón y la otra llevaba un bikini con piedras de fantasía color rosa. Ambas bailaban moviendo la cadera y deslizando sus manos por las nalgas de la otra, por las tetas de la otra, por la concha de la otra. La música tecno entraba en un *fade in* que terminaba en escándalo.

—Me encantan esas perras —le dije al cantinero.

—Lástima que sean tortillas —contestó el cantinero, sirviendo una copa color azul.

Enseguida, la voz anunció: “Con ustedes: El mariachi”, y apareció un hombre vestido de mariachi que iba desnudando a las mujeres en la tarima. Primero con los dientes, luego con las manos. Ellas hacían lo mismo con él, hasta que los tres terminaban cogiéndose, acariciándose los pezones, el sexo, la entrepierna, penetrándose con dedos, verga, lengua. Se frotaban nerviosamente, jadeaban, gritaban.

—Ya se te paró la verga —dijo una voz.

—¿Qué? —bajé la mirada y vi que el enano me estaba hablando.

—Que ya se te paró la verga nomás de ver a esos cabrones cogiendo.

—A cualquiera se le para —contesté sonriendo.

—Pues a mí no —contestó el enano, tomándose la pierna.

—Mira, enano come mierda, te podés ir a la concha de tu madre, porque conmigo no vas a sacar nada. ¡Déjame en paz!

—Oye, tranquilo, sólo quería invitarte un trago. De verdad que si no quieres nada, respeto eso. Vine porque ya te he visto aquí un par de veces y no hablas con nadie.

—Está bien, creo que no era para tanto. Andá, invitame el trago —le dije.

—Ven, vamos a mi mesa —dijo, guiándome hasta el gabinete donde esperaba su amante.

Rogelio era un hombre moreno, de unos 45 años, barba y cabello entrecano, muy bien vestido, con un traje gris y una camisa blanca. Julián, el enano, era rubio, de ojos azules. Parecía un niño, pero calculé que tendría unos 35 años. Tenía las facciones características del



enanismo: nariz achatada, ojos grandes, frente amplia, boca gruesa, y esa mueca que siempre me ha parecido tenebrosa, como de un payaso triste. Vestía diminutos pantalones de mezclilla y una playera azul.

—Mucho gusto, Roberto Acosta —dije, ofreciendo un saludo con la mano.

—Rogelio Sayeg, y ya conociste a Julián, mi pareja —dijo, señalando al enano que escalaba su asiento.

Me senté con ellos a tomar un trago y platicar de no me acuerdo qué, porque después de unos tragos estaba mareado y acepté una invitación para ir a casa de Rogelio. Pronto me subí a un Civic color azul marino, manejado por un chofer muy formal.

Llegamos a una casa de Coyoacán, en la calle de Panzacola. El muro de piedra volcánica abarcaba la mitad de la calle; había dos puertas, una de aluminio y otra de madera, con gruesos clavos formados en dos hileras, desde arriba hasta que se dibujaba el vano. El chofer apretó el botón de un control remoto y la puerta de aluminio se abrió. Un mozo con una camisa blanca y pantalón de mezclilla salió a recibirnos, sacó de la cajuela la silla de ruedas y ayudó a Rogelio a bajar del coche.

En la entrada había un jardín con una extensa breña en cada extremo y enredaderas colgantes desde un enrejado del cual pendía un letrero que advertía: “alta tensión”. Enfrente, una escalera de piedra blanca rodeada por un peristilo, en una suerte de palacio morisco, nos abría paso hacia la casa. Al final de la escalera, dos leones amenazaban a los extraños con sus fauces entreabiertas. A la izquierda, una rampa por donde Rogelio subía con su silla, empujado por el mozo. La construcción que se asomaba frente a nosotros era de estilo ecléctico: clásico pero con algunos vitrales de figuras angelicales y columnas bizantinas en los balcones. En el centro, una puerta de vidrio con hierro forjado en forma de flor de lis protegía el vidrio.

El mozo abrió la puerta y vi un recibidor con una fuente blanca en forma de Buda, el piso de mármol y, sobre la fuente, un tragaluz a manera de cúpula. Detrás de la fuente, una puerta de roble; del lado izquierdo, una puerta con un vitral de un arcángel que sostiene la cabeza decapitada de un hombre; y del lado derecho, una puerta de madera pintada de blanco.

Julián sacó unas llaves de su pantalón y me las dio, indicándome que abriera la puerta a mi derecha, mientras el mozo se retiraba y él empujaba la silla de Rogelio. Abrí la puerta y miré hacia adentro; tuve un sobresalto al encontrarme de frente con un oso polar, en sus cuatro patas, con la nariz a la altura de mi boca, sus ojos fijos en los míos y el hocico abierto que amenaza con atacarme.

—Me gusta coleccionar animales —dijo Rogelio mientras avanzaba hacia el oso.

El enano entró tras él y cerró la puerta. Rogelio acarició al oso en la penumbra y después fue hacia un lado de la puerta para prender la luz. Aun iluminado el sitio era lóbrego. Observé a mi derredor; era un cuarto con alfombra roja, paredes de madera oscura y luces pendiendo del techo, como reflectores de museo, apuntando a seis zócalos que sostenían, cada uno, un animal disecado. En el centro, el oso polar; del lado izquierdo, un mono negro con los brazos levantados y el hocico evocando un grito; del lado derecho, un poco más atrás, un venado con una pata sobre una piedra, la mirada ausente y la cabeza baja, como si buscara u oliera algo. La cebra, del lado izquierdo, más adelante, con el rabo espantándose una mosca y la cabeza volteando hacia el oso, aunque caminando para el lado opuesto. Finalmente, guardando una barra de caoba, en un extremo, un avestruz, y en el otro, una jirafa bebé. Atrás de la barra había varias botellas de vino, oporto y cognac junto a copas y vasos de vidrio.

—Acércate —dijo Julián, escalando un banquito, aparentemente hecho para él, puesto que tenía una palanca que modificaba la altura—, ¿qué quieres tomar?

—Sírveme un whisky —contestó Rogelio. —Dame tu chamarra para colgarla en el perchero.

Rogelio tomó mi chamarra y la colocó en un perchero alto con la ayuda de unas pinzas largas que guardaba en una bolsa de cuero colgada en la parte trasera de su silla. Miré de nuevo a los animales mientras Julián ponía mi trago en la barra.

—Supongo, por tu acento, que eres argentino —dijo Roberto.

—Sí, soy de Buenos Aires, toda mi familia es de allá, pero me vine a vivir acá desde muy chico.

—¿A qué te dedicas?

—Soy escritor.

—¿Y qué escribes ahora o qué publicaste?

—Acabo de publicar un libro que se llama *El manual del super hombre*.

—¿Acaso eres émulo de Nietzsche? —me dice el enano, riéndose.

—No, más bien es una burla al Super Hombre. Cuento situaciones extremas, pero graciosas, en las cuales el personaje piensa que llegará a ser un Super Hombre, pero sólo se convierte en una persona absurda.

—¿Y no te interesaría trabajar en un periódico? —preguntó Rogelio.

—Sí, trabajé un rato en *El Financiero*, pero me fui a España y viví allá haciendo guiones para televisión. Ahora que regresé quiero volver a un periódico, porque creo que la gente que trabaja para televisión es una boluda.

—Yo soy dueño de un periódico. Cuando necesites trabajo, llámame, aquí está mi tarjeta —me dijo, alcanzándome una tarjeta que había sacado del bolsillo de su camisa.

—Rogelio Sayeg —musité.

—Servidor —me contestó. Oye, ¿alguna vez has escuchado algo de Luigi Nono?

—Jamás.

—Julián, por qué no pones algo de música, el disco que compramos ayer.

El enano tomó el control remoto del estéreo y apretó un par de botones. La música invadió el lugar y pensé que no habría otro tipo de música que describiera mejor el ambiente, el cuarto, la lobreguez, las miradas de los animales detenidos en el tiempo, el hombre en la silla de ruedas y su amante enano. Eran cantos que doblaban el alma, la estremecían en los agudos de la soprano y la ponían bajo tierra en los graves de las cuerdas.

—¿Tú cazaste todos estos animales?

—pregunté, cayendo en cuenta enseguida



de la silla de ruedas de Rogelio y de lo tonta que era mi pregunta.

—No, sólo el oso y el venado. Hace mucho, cuando todavía podía caminar. Fue en una expedición. A ese oso lo cacé sin quererlo. Se me apareció de pronto, sentí su aliento en mi nuca y, en el rostro, el cierzo. Supe que iba a morir. Fue una sensación de impotencia, pero también de poder, un poder infinito. Desde que tengo uso de razón me ha gustado el poder. Me chaqueto pensando en el poder, me duermo y como pensando en el poder. Creo que eso me hace disfrutar más de todo lo que hago.

En sus ojos vi una especie de mariposa flamígera, acercándose a mí, hipnotizándome, abrasándome.

—Pero primero me tiró un golpe por la espalda —continuó diciendo—, me dejó en el piso y desde ahí le di con la escopeta. Fue un pedo a la hora de llevarlo al taxidermista para que tapan el hoyo que le hice.

Miró al oso y fue hacia él. —Pero el cabrón me dejó inválido, valía la pena reconstruirlo para tenerlo aquí. Es una sensación de poder muy grande cuando estás junto a él. Mira, acércate y tócalo.

Me acerqué y acaricié la piel del oso, embelesado por la sensación en la yema de mis dedos. Cada vena y arteria, cada pedazo de piel sentía el pelo níveo del oso polar. Es cierto, se siente poder. Recargué el brazo en el animal y sostuve mi trago con la otra mano, dejando que mi nuca cayera sobre su piel. Entonces, el enano se bajó de su banquito y se acercó a mí, extendiendo su mano y acariciándome la verga, la frotaba por encima de mi pantalón en delicadas espirales. Bajó el cierre del pantalón y me miró desde abajo, acercando su boca a mi verga.

—¿Nunca te la ha mamado un enano?—. Negué con la cabeza y recargué mi espalda en el oso, acercando con la mano izquierda la boca del enano a mí, hasta que él repasó la lengua por mi verga y luego la metió a su boca.



II Virgen

Creés que sos virgen porque cuando cogés con los cuernos de la luna, tu concha sangra mares, pero no sos más que una plaga que irrita a los hombres, una pluma que escribe notas en el aire y cae al suelo como bomba atómica.

Olvidás que llegaste a un cielo sin ángeles ni albatros que te recuerden tus alas. Aquí sólo existen alas de papel periódico, con malas noticias y números de la bolsa de valores. ¿Querés saber cómo está el dólar ahora? Aletea un poco y lo sabrás. ¿Insistís en tu sonrisa? Cómo te divierte que yo sea un loco y repte por tu cuerpo, recitando poesía muerta.

Seguís mirando al cielo, acariciando los cuernos de la luna, tomándolos con la lengua como si fueran caramelo. Tu concha está abierta y la pleamar omnisciente. Tenés razón. Seguís siendo virgen entre la arena de

tu pelvis y la sangre arrancada de tu voz, entre el murmullo del sol que atraviesa tu pecho y hiere tu garganta. Tenés razón, sos etérea cuando el sol asoma y estás hecha de palabras agonizantes y seguís siendo virgen aún cuando la luna te atraviesa y lame tu espalda.

III Aproximación

“Son las cinco de la mañana.” “Son las cinco treinta de la mañana.” “Laura, son las cinco treinta y cinco de la mañana.” “El sol no se levanta, pero tú ves todo color ámbar, desde adentro de tu frasco todo se ve color ámbar.” El frasco está siempre abierto, esperándote, llamándote. Las burbujas te arrastran al fondo y tú luchas por salir a la superficie, resbalando por los contornos del vidrio en una suerte de danza ritual que te despierta casi por completo. Te desperezas, afilas tus dientes, contemplas tus garras y te lames las piernas, buscando, con agilidad de contorsionista, llegar a lamer el sexo, destriparte las ganas de ser otra persona y ser tú, de ser alguien que te hace el amor y ser a quien le hicieran el amor, ser la misma persona, ser todas las personas reales e inventadas, todas las que cupieran en ese frasquito. El frasquito que tú inventaste para vivir, para sobrevivir y olvidar lo que está afuera de ti, de ello depende tu fuerza; dentro del frasco eres todas las personas que admiras, que odias, to-

das las frases ya dichas, las vidas ya vividas, todos los culos que se puedan coger y todas las mentiras que te hacen única a pesar de ser los demás.

Tu frasco no es común, está hecho de recuerdos apilados que se derritieron uno a uno. Incluso, en algunas partes del frasco están atrapados pedazos de escamas, de insectos, de flores, como si fuese un relicario o como aquellos insectarios en los que parece que de un momento a otro va a saltar la araña detrás del vidrio. “¿Recuerdas las piedras en la playa?” Las piedras que recogías cuando eras niña, con el frío matinal acariciándote. Tenías una enorme colección que dejaste en Polonia, en casa de tu abuela; era ámbar de diferentes tamaños y con diferentes insectos o plantas atrapados dentro. Tú siempre creíste que eran de buena suerte y cuando las tuviste que dejar, tal vez tu suerte se terminó, porque dentro del frasco, empapada de alcohol, tú eres el insecto y el entomólogo. Una matrushka descubriendo una nueva Laura dentro de otra, sin saber cuál es la copia y cuál la original. Tu cuerpo envuelto en la gracia de un papel de conserva o de una cáscara que abres cada día para descubrir una nueva Laura, todas las Lauras dormidas dentro de ti. Dentro de tu frasco olvidaste tu cara, llena de marcas, adentro tienes otro cuerpo y otra cara, aunque ¡cómo arde este frasco después de tanto tiempo!

Las burbujas te regalan caricias furtivas, el alcohol hierve al mismo tiempo que el sol se asoma por la ventana de marco dorado, iluminando las figuras azules del

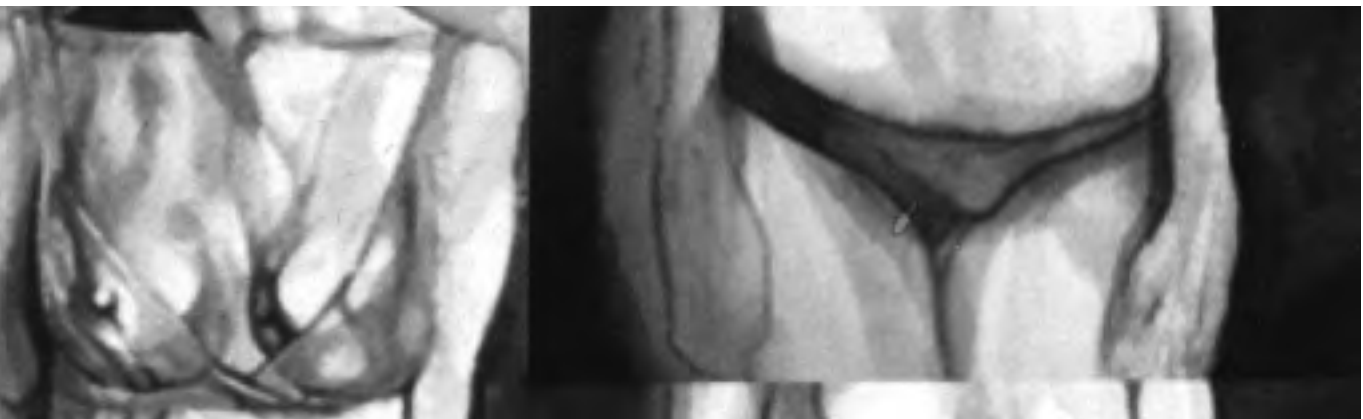


papel tapiz, y tu colcha verde te parecerá una alfombra de pasto que te entierra bajo la tierra, entre tu cama y los gusanos. En unos minutos tu abuela llamará a la puerta con un vaso de leche, pan tostado y un café; así que antes debes salir del frasquito, reincorporarte, sentarte a los pies de la cama y rezar, “Ángel de la guarda, dulce compañía...”, y también rezarle a los dioses mayas y aztecas, y vivir como Buda, y creer en la reencarnación, pero también en el diablo, “no me desampares ni de noche ni de día...”, pero no confesar todo en lo que se cree, “si me desamparas, ¿qué será de mí?”, abrir el cajón y sacar el gotero roto, ponerle marihuana a tientas, con la luz apagada, meterte al ropero y dar unos jalones hasta que el vidrio se caliente y casi queme los labios, aguantar el humo el mayor tiempo posible, poner un poco de desodorante en spray para disimular cualquier olor y, por último, meterte de nuevo a la cama, justo antes de escuchar los pasos desganados de la abuela, “Ángel de la guarda, ruega a Dios por mí”, “Dios no existe, pero cómo chinga”.

“Laura, ya levántate”, susurra tu abuela, mientras abre la puerta y pone el desayuno en el buró. Finges despertar y das las gracias, te pones de pie de un salto y das un beso a tu abuela mientras prendes la luz. Sales del frasquito por un rato, aquí no hay nada que te lastime. Todo lo demás también es rutina: escondes una navaja entre la toalla y tu ropa y te diriges al baño, te desnudas en una larga caricia, te hincas junto a la tina y acercas la pelvis a la porcelana que te re-

cibe fría, abres la llave del agua, abres tus piernas y te lames los dedos, te acaricias la vulva, mueves tu clítoris con lenta armonía, alcanzas tu seno con la otra mano y juegas con él, lo tomas con fuerza y llevas tu pezón a la boca. Tus dedos se deslizan en tu vagina hasta provocarte gemir un poco y sacar la lengua sobre tu pezón. Cierras las piernas. Aprietas todo adentro de ti, quieres que el placer llegue a todas las Lauras. Respiras profundo y sacas tus dedos, tocas el agua, está caliente, tocas tus pezones, metes los pies a la tina, te sientas y frotas tu piel con una esponja y jabón. Te acercas a la toalla sin salir de la tina, sacas la navaja y te marcas las piernas y los brazos. Ves la sangre confundirse con el agua y el jabón hace que ardan más tus heridas. Te lavas el cabello, que te alcanza la cintura; pronto la espuma se tiñe de rojo. Sales y secas tu cuerpo con dureza, como si quisieras que toda tu piel se cayera como la de una serpiente. La rutina se acaba. “¿Qué sigue?” Vestirte, siempre con mangas largas para ocultar las heridas, pantalones o falda con botas largas, nadie debe darse cuenta de tu castigo.

Toda la rutina, prácticamente igual que ayer, excepto porque tomaste un abrigo que no usabas hace años y al meter las manos en los bolsillos encontraste una foto en la que estás con Julia, Roberto y Leni, abrazándose los cuatro, sonriendo. Todavía no sabían lo que iba a suceder. “Y quién lo adivinaría, tal vez yo.” Al ver sus ojos no puedes evitar odiarlos de nuevo, amarlos de nuevo, desearlos, pero antes que recordarlos prefieres



meterte en el frasquito y olvidar. Tomas tus cuadernos, encerrada entre el alcohol y las burbujas que se contraen y expanden; a veces parece que las burbujas se acercan abruptamente y luego retroceden con desesperada parsimonia. “Bajan en la Facultad de Filosofía.”

Cuando Julia terminó su carrera regresaste a estudiar filosofía, el tipo de profesión que te permite estar más tiempo en tu frasquito. Entrás al salón y abres el cuaderno, dentro está la foto que encontraste en el abrigo. Sales del frasquito. Al fin te permites recordar el amor que sentiste por Infancia y Roberto, un amor protervo pero vehemente. “Al final, las pasiones son más transparentes que el amor.” Era una pasión enamorada que se evaporó a pesar de los pactos de sangre, con la sangre de tu muñeca mezclada con la sangre de la menstruación de Julia; a pesar de las cogidas con Roberto. Roberto sólo había amado a Infancia, aunque nunca se diera cuenta. Tú lo sabías, lo supiste desde antes que cualquiera de los dos lo supiera, lo inhalaste en el aliento de Roberto. Ese olor por la sed de Infancia es conocido para ti.



La voz del maestro te abruma, así que decides meterte en el frasquito, mientras tu cuerpo sólo responde a tus deseos. Recortas, con el talento de un artista, el rostro de Infancia del papel fotográfico, lo pegas en el cuaderno y dibujas bajo su rostro un cuerpo con cuchillos enterrados en la cabeza y el corazón. Haces lo mismo con el rostro de Roberto, y a Leni lo divides en dos. Después, tu clase transcurre entre submarinos que te llevan a recorrer el frasquito y delfines que te acercan a la superficie para respirar. Con la última palabra del maestro tomas tus cosas y te diriges a la cafetería, fumas un cigarro y compras una tarjeta telefónica. Vas a un teléfono público y marcas el número de Roberto.

“¿Roberto? Sí, habla Laura... Bien, gracias, ¿tú qué tal?... Pues para pedirte un favor, sí, no te preocupes. Sé que de cualquier forma tenemos que hablar... No te preocupes, tenías que irte. Supe que regresaste y vi lo de tu libro, sí, felicidades... ¿Para qué?, pues quisiera enseñarte un artículo. Sé que trabajas en *El Financiero* y quisiera ver si me ayudas a publicarlo... ¿Mañana a las cinco?... Donde siempre... Ah, ya no vives ahí... ¿Panzacola? Bueno, ok... No, no sé nada de ella, no la he visto en dos años. Tampoco tengo su teléfono, tal vez sea el mismo, pero lo perdí... Ok, nos vemos mañana y ya platicamos. Adiós.”

Cuelgas el teléfono y sonríes, aún sientes el olor a alcohol cuando sacudes tu cabello. Debes sumergirte un poco más antes de hacer otra llamada. Vas al baño y fumas un poco de marihuana en el gotero. Sales y marcas el número de Julia.

“¿Julia? Habla Laura, no me cuelgues, por favor... Sí lo sé, pero debo verte, hablar acerca de lo que pasó, quiero pedirte una disculpa, explicarte todo... Sí... déjame hablar, ajá... No, no sé dónde está... Porque conocí a un amigo tuyo y de Leni y me pasó tu teléfono. Tal vez si me dieras una oportunidad... No, él se fue para buscarte pero nunca te encontré y yo tengo que explicarte cómo pasaron las cosas. Sí, ¿mañana a las tres? En el Sanborn's de los azulejos... Gracias... No, te juro que no es... Sí, nos vemos mañana. Adiós.”

Antes de volver a meterte al frasquito recoges tus cosas, amarras tu cabello y comienzas a caminar por el pasillo. El molesto bip de la tarjeta en la hendidura

suenan una y otra vez mientras la gente que camina por el pasillo te observa, esperando que regreses a sacar la tarjeta que olvidaste, pero es demasiado tarde, ya no escuchas la alarma; en el frasquito no se oyen más que burbujas de aire explotando con alegres risitas.

IV

Nuevos parásitos

Los temores son animales diminutos, de la especie de los parásitos. Existen dos tipos: los Navarro y los PRI. Los primeros, los Navarro, reciben su nombre por el apellido del científico mexicano que los descubrió. Son parásitos en forma cilíndrica, con forma de oruga, pero del tamaño de una cochinilla. Son casi transparentes, excepto por una tenue coloración amarilla. Igual que el ciempiés, poseen cien patas, pero el cosquilleo de éstas no puede ser detectado por los humanos; sin embargo, existen ciertos aparatos de alta sensibilidad para detectar a estos parásitos. Desgraciadamente, ningún hospital en México (público o privado) posee esta tecnología.

El segundo tipo de temores es llamado PRI por sus siglas en inglés (*Parasit of Rare Identification*). Estos parásitos han logrado una mimetización perfecta con la piel de los seres que habitan. Cuentan con cuatro patas, tienen forma cilíndrica y son casi del tamaño de una lombriz de tierra; han desarrollado la capacidad de imitar el color de la piel en la que viven, por lo que se recomienda un chequeo constante, ya que sólo pueden ser atacados con éxito en las primeras etapas y la incuria del paciente podría desatar consecuencias desastrosas.

Los temores presentan cuatro etapas al invadir un cuerpo. La primera consiste en habitar la dermis humana; en la segunda etapa atraviesan la dermis, epidermis y los músculos para llegar al sistema circulatorio. En la tercera etapa se reproducen, invadiendo así todo el cuerpo y viajando al cerebro. La última etapa, que provoca la muerte del individuo, es aprovechada por los parásitos para comerse la masa encefálica.

Existen síntomas característicos de la existencia de estos parásitos en un individuo: el primero es una afectación en el sistema locomotor, ya que los músculos son invadidos por cientos de estos parásitos, que tienen una enorme capacidad de reproducción. El siguiente síntoma puede confundirse con la personalidad humana: comienza con un poco de sueño, periodos largos de inactividad que coinciden con los deseos del paciente de ver en la televisión el fútbol, las telenovelas y todos los programas de chismes o *talk show*. Finalmente, el sujeto deja de tener ideas y se concentra en banalidades, como la moda o los horóscopos. Por lo general, el individuo tiene largas conversaciones sobre estos temas y presenta tal pasión por ellos que muchas veces hasta llega a ser contratado como conductor de programas para televisión.

Los temores son parásitos de la especie de la garrapata. Habitan en la dermis y epidermis humana. Se adaptan a cualquier ambiente y clima. En la primera etapa perforan la piel con su cabeza y, mediante la succión de la sangre, se hinchan mientras avanzan dentro de la perforación hasta llegar a los músculos y alojarse ahí por meses, alimentándose de la grasa muscular y avanzando en venas y arterias. Finalmente, en la tercera etapa avanzan hasta el cerebro y sistema nervioso. Si son detectados en la primera o segunda etapa pueden eliminarse con toques de trementina, haciendo que se desprendan de la piel.

La aplicación de sanguijuelas pertenecía a la medicina popular. Actualmente, tras innumerables discusiones, se sabe que este procedimiento puede ser usado en casos de congestiones locales con fenómenos inflamatorios: trombosis en alguna extremidad, tromboflebitis, dolores agudos por inflamaciones musculares, en casos de neuritis del ciático, o para acelerar los procesos de cicatrización en amputaciones; un estudio reciente revela que las sanguijuelas atacan a los temores.

Las sanguijuelas no sólo extraen sangre, también secretan un compuesto salival químico, la hirudina, que tiene efectos antiinflamatorios, es anticoagulante y mata a los temores. Cada sanguijuela extrae unos 30 cc de sangre y siete temores, hasta que el parásito, satisfecho, se desprende por sí solo. “Es interesante la interven-

ción de un parásito para eliminar a otro —escribió el doctor Navarro en su último estudio de los temores—, y bastante inusual en la naturaleza, en referencia a los parásitos que afectan al hombre.”



Cuando los temores invaden el sistema nervioso vegetativo, el proceso es casi siempre irreversible y sólo puede aplicarse una inyección de novocaína o caféina para evitar los estados dolorosos. También puede utilizarse la procaína, que se inyecta para mejorar el estado general de un enfermo al actuar sobre los sistemas circulatorio y nervioso, pero este efecto es mínimo y más eficaz cuando se acompaña de otras drogas.

La única forma de detectar estos temores es por medio de rayos infrarrojos, ya que éstos penetran con mayor profundidad en los tejidos y hacen que los parásitos

tengan movimientos violentos, con lo cual se les puede ver. La acción de los rayos infrarrojos es la de dilatar los vasos sanguíneos con un aumento de flujo de sangre o hiperemia, lo cual provoca que los temores abandonen el cuerpo invadido. Este procedimiento es peligroso ya que los parásitos buscarán de inmediato otro cuerpo para alojarse. La única forma de exterminarlos es con la iontoforesis, procedimiento que utiliza la corriente eléctrica para hacer llegar sustancias químicas, depositadas previamente en la superficie de la piel, hasta los tejidos. La corriente arrastra medicamentos como el litio o la quinina, que neutralizan a los temores. (Esta cura sólo será efectiva antes de la cuarta etapa de la enfermedad.) Al terminar el proceso caerán pequeñas capas de piel que llevarán los restos de los temores muertos, por lo que es recomendable una afusión aplicada con la técnica de Kneippes, empezando por pies y manos, con un chorro de agua uniforme, pero breve. La temperatura fría es más recomendable. Después se hace en el rostro, el tórax, el dorso, las rodillas y los muslos.

La medida más extrema es la radiación ionizante, pero si los temores han invadido el sistema nervioso y/o el cerebro, son pocas las probabilidades de que el método sea efectivo.

La última y cuarta etapa, llamada síndrome del cereal, es la más peligrosa, ya que los temores se alimentan de la masa encefálica, defecando en forma de diminutas hojuelas, muy parecidas a ciertos cereales. Esto sólo es descubierto en alguna cirugía cerebral o en la autopsia. En esta etapa el individuo sólo mira televisión y apenas come, hasta que deja de moverse.

Se sabe que los temores han sobrevivido en todos los climas, lugares y épocas. Se les ha visto en la guerra, la paz, la opulencia, la pobreza, en la piel de un hombre enfermo, en las manos de Julia, en los labios de un mentiroso, en la oreja de Van Gogh, en el brazo de Cervantes. Muchos historiadors aseguran que en el pasado se sospechaba de la existencia de este parásito. Por ejemplo, el prominente pintor Vincent van Gogh se cortó la oreja al presentir a uno de estos parásitos; aunque de poco sirvió, se sabe que le siguieron invadiendo toda su vida. Sabemos por el diario de uno de

los amigos más cercanos del pintor, que Van Gogh creía ver algunos “gusanos” recorriendo su piel. No estaba tan equivocado.

A pesar de su parentesco con las pulgas, garrapatas y otras piorreas, los temores no tienen el mismo comportamiento y son más peligrosos, por lo que el doctor Navarro siempre recalca en sus publicaciones la importancia de un chequeo constante. Aun bajo esta advertencia, Julia siguió su vida, sin ir al médico. Llegó a la casa de San Ángel y se sentó en la alfombra de uno de los cuartos del piso superior. Sola por un breve instante, pero muy breve porque los temores comenzaron a salir por los pliegues del tapiz. Cada esquina, en su flemática arquitectura de líneas trazadas para encontrarse, guardaba un ciento de temores que avanzaban con lentitud, casi burlándose del cuerpo inerte y aciago que ocuparían. Julia parecía un animal desecado, o un *water* roto, porque junto a ella había un charco de herrumbre y excremento. Sin embargo, ella no se movía, sólo observaba con angustia cada uno de los temores que la invadían y que hacían más pesadas sus manos, sus tobillos, sus muslos, su cabeza. Su mano derecha sujetaba las llaves del cuarto y la puerta de entrada, tal vez ahí esté la llave que abre su sexo, donde empezó todo, donde la historia del hombre comenzó y donde la historia de Julia dio un giro. Con grandes esfuerzos movió la mano para introducir la llave en su vagina, abrir otro mundo y escaparse, pero los temores seguían avanzando, susurrando, invadiéndola en un grito.

V

Púrpura

Esta habitación es cada vez más compacta, fría y silenciosa. Mi cuerpo es más ligero y mi piel más blanca.

Poco a poco caigo en un desmayo de alfombras púrpuras empolvadas y ya no soy quien solía ser. Ya no tengo un nombre ni una habitación fría, silenciosa y compacta, ni un cuerpo débil, ni una piel blanca. Sólo soy parte del beso de esta alfombra púrpura empolvada.

VI

La vacuidad

Julia salió del cuarto del psiquiatra. Estaba sentada en una silla de ruedas y atada con una camisa de fuerza. Una camisa blanca, como todo lo que ahí había. A Roberto le parecía que hasta Julia se había contagiado de aquel blanco. Su rostro era una pecera donde se adivinaban peces de color rojo oscuro, recorriendo las avenidas de sangre, yendo y viniendo, nadando nerviosos y palpitantes. Las enfermeras y los doctores parecían topos blancos, o quizá muertos; era como si llevaran toda una vida encerrados ahí, en ese búnquer. No había luz ni ventanas, sólo puertas y pasillos infinitos con letreros: “Consultorio 1”, “Consultorio 6”, y detrás de una de esas puertas había estado Julia. Contando las tragedias de su vida, pensaba Leni. Infancia siempre busca oídos para desahogarse, pero los psiquiatras nunca han sido sus favoritos para esta tarea.

Roberto y Leni escalaban por el pensamiento de Julia sin divisar nunca la cima, y tal vez ambos competían por adivinarla, adivinar su figura bajo las sábanas, en una cama, moviendo sus culos sobre el deseo, regodeándose entre sus tetas, mordiendo sus hombros y sujetándola por dentro para que no se fuera nunca. Roberto miró a Leni y adivinó la emulación. Quiso adelantarse para manifestar que Julia era su territorio y de nadie más, pero cuando movió su hombro se dio cuenta de que Leni estaba dormido y que no representaba peligro alguno. Leni dormía por el tranquilizante que le habían inyectado; estaba recargado en la pared con un ojo parchado y una herida en el brazo izquierdo. Su respiración se combinaba con pequeños quejidos que se alargaban al abrir su boca y entrecerrarla en un débil suspiro. Roberto lo observó un rato más. Todo estaba planeado, cada movimiento que lo rodeaba era un ensayo; los letreros, la gente yendo y viniendo, el no color de las cosas, los ademanes y hasta las sonrisas; todo era un ensayo, una acción premeditada para arruinarle la vida. Observó a las enfermeras caminando en los pasillos: si una encontraba a otra ambas se sonreían por un momento hasta que se perdían de vista y miraban de nuevo hacia delante. ¿Cuántas veces,

pensó Roberto, no habrán hecho lo mismo, en el mismo pasillo? Todo es un ensayo, una repetición de las cosas. Como los hopi, repitiendo el día anterior, sin fu-

turo alguno, o la cultura india, con Brahma, jugando a repetir la creación una y otra y otra vez. Y aquí los humanos, creyendo que sólo se vive una vez. Ni siquiera sabemos para qué vivir o morir, ¿para qué seguir jugando con Brahma? ¿Cómo salirse del juego y ser un espectador? Cuando el psiquiatra salió tras la enfermera dio órdenes de llevar a Julia a uno de los pabellones, señaló una puerta con vidrios y rejas. La enfermera empujó la silla y cruzó el umbral de la puerta. Cuando Roberto la perdió de vista, el doctor hizo un ademán para que pasara al consultorio.

—Leni, despierta —dijo Roberto, sacudiendo a Leni.

—¿Ya salió Infancia? —preguntó Leni, mientras Roberto asentía.

—El doctor dice que entremos a hablar con él.

—¿A dónde llevaron a Infancia?

—No lo sé, Leni, eso nos lo va a decir el doctor.

—¿Está bien?

—Cabrón, no soy adivino. Además, preocúpate por ti, mira cómo estás —dijo Roberto, señalando las heridas de Leni.

—¿Por mí? Deberías agradecer que tomé tu lugar.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Roberto, desafiando a Leni.

—No se necesita ser muy inteligente para darse cuenta, pero a ti no puedo pedirte demasiado.

Leni, adolorido por los golpes, avanzó hasta la puerta del consultorio y vio a Roberto, paralizado en su asiento. Se había escuchado un grito y eso quebró el alma de Roberto como si fuese un jarrón. Uno de esos caros, pensó Roberto, uno de la dinastía Ming, o tal vez una escultura de Botero, explotando desde su gordura. Tenía que ser algo caro, porque era la primera vez que Roberto se sentía culpable. La primera vez que sentía amor por esa ballena blanca, ese Moby Dick, ese vacío que representaba amar a alguien. El amor por un ave como Julia, a la que sólo se puede enjaular o alimentar todos los días para que regrese. Era demasiado tarde para escapar, aunque podía escapar de sí mismo: cortar su cuerpo con un bisturí, se imaginaba haciendo pequeñas cuadrículas en su espalda mientras su cuerpo se hacía insensible. Luego cortar su rostro y le pondría sal a las heridas. ❶

Sexo ajeno

Alberto Sandoval

FACULTAD DE INGENIERÍA, UNAM

—¿Has dormido con ella?— La pregunta fue directa, incisiva, buscando rascar en lo más hondo de los sucesos, pero su voz, lejos de escucharse lasciva, se sentía paciente, como si supiese la respuesta que estaba a punto de caer de mis labios.

—No, no lo he hecho—. La seriedad era parte de mi carácter, y los temas sexuales no eran algo que me causara sorpresa. Lo cierto es que no hubo nada de sexo aquella noche. Ofelia era tan sólo una amiga, alguien que me brindaba un poco de calma cuando mi mar de sentimientos se picaba. No, había dicho, ésa era la verdad. Pero ella no esperaba esa respuesta. Supuse entonces que lo que ella esperaba escuchar era un sí, lo hicimos toda la noche, eso hubiera aliviado su sentimiento de culpa.

—Y tú, ¿has dormido con él?— Sus labios se despegaron apresurados, pronunciando una respuesta que ambos sabíamos que era mentira.

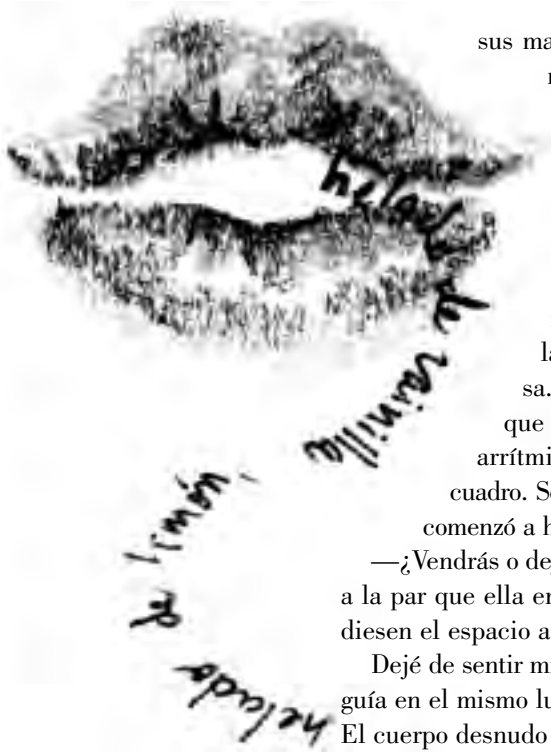
—No, aún no— estaba en lo cierto, su voz sonaba hueca, falsa a todas luces.

—Pero lo harás, se te ven las ganas en el rostro— ¿Celos? No... se supone que debería sentir celos, pero mi rostro, por el contrario, denotaba una gran indiferencia.

¡Qué va! Lo cierto es que estaba muerto de celos. El pecho era una flama incontenible, suerte que la camisa no comenzó a quemarse. Me aferré al volante y rebasé tremendamente al auto de enfrente, esquivé al siguiente y logré hacer un cambio de carril de ensueño desde el extremo de alta velocidad en una sola maniobra; el avance no había sido mucho, pero al menos había logrado pasar una zona de tránsito lento. Volví a acelerar haciendo esta vez la maniobra en forma inversa, seguida de una vuelta a la izquierda a más de ochenta. Aún así las llantas no rechinaron. La expresión de su rostro se veía trastornada. Sabía que yo conocía la verdad. Puso

Dibujos de Itzel Paola Montes Quezada, ENAP, UNAM





sus manos entre las piernas, buscando una virginidad perdida hacía mucho tiempo.

—No tiembles, sabes que te amo...

—Apaga la luz, por favor. Yo también te amo...

La oscuridad reinó, una suave línea de luz aún lograba colarse por entre las cortinas; fuera de eso, la oscuridad gobernaba. Al fondo, la silueta de un cuadro en la pared, justo arriba del mueble del teléfono, al cual habían ido a parar nuestras ropas. Desde el lugar en el que estaba podía perfectamente ver la silueta de su cuerpo desnudo. Era de piel blanca, suave y tersa. Sus senos resaltaban un poco a causa de los resquicios de luz que seguían luchando por entrar. Estaba quieta, su respiración era arrítmica. Por un momento me quedé ahí, contemplando aquel bello cuadro. Se acarició las piernas con cierto dejo de nervios, respiró hondo y comenzó a hablar.

—¿Vendrás o dejarás que me muera de frío?— Comencé a caminar lentamente, a la par que ella entreabría las piernas sin reservas, dejando que los cuerpos cediesen el espacio a las sensaciones puras.

Dejé de sentir mi cuerpo por un instante; el piso dejó de existir, flotaba, pero seguía en el mismo lugar, luchando por dar un paso más. Las piernas sin responder. El cuerpo desnudo y las ganas en el aire.

Acaricé sus pies, explorando poro a poro sus delgadas pantorrillas. No había prisa. Ella seguía inmóvil, tragando saliva suavemente cada vez que mi mano avanzaba. Todo lo que había soñado estaba frente a mí, y yo sin saber por dónde comenzar. Toda vez es una nueva primera vez —repetía en mi cabeza...— Toda vez es una nueva primera vez. Y el susurro se perdía en la oscuridad dominante.

Su entrepierna era dulce y tibia, pero yo aún estaba en la rodilla. Nunca creí que el cuerpo de una mujer tuviera sabor, pero ella sabía a vainilla. Sí, posiblemente su entrepierna fuera dulce y tibia, lo cierto era que sus piernas eran un helado, dulces pero frías.

Respiraba agitadamente, dejando escapar de cuando en cuando un leve gemido. Su mano apareció de la nada, la sentí de pronto acariciándome el cabello; era suave su caricia, y por momentos tomaba ánimos y me daba suaves tirones. Las caricias subieron de tono y la habitación estaba en alerta amarilla. Besé su vientre, nadé en su ombligo y me dispuse a explorar las grandes planicies de su terso abdomen. Era como galopar a pelo y a contraviento. Su voz se oía cada vez más intensa, las ganas a punto de reventar. Mis labios en sus labios, una mano en la cadera, la otra apoyada en el lecho y acariciando su rostro, su cuerpo bajo el mío, sus manos en mi espalda, un delicado gemido y todo se había consumado.

Sudorosos se abrazan los amantes,
el cuerpo agotado, las almas extasiadas.
Todo en un respiro envuelto en un suspiro. ❶

Este relato resultó ganador en el Concurso Literario de la Semana SEFI, Facultad de Ingeniería, UNAM.

Tiempo de Guernica

Luis Paniagua

Iván Cruz Osorio
Tiempo de Guernica,
 Editorial Praxis, México, 2005

Hay un rostro brutal que persigue al hombre desde los propios albores de la humanidad, que está con él en los lugares más íntimos, más recónditos, más insospechados. Este rostro de cambiantes gestos, de mutables facciones, acumula diversos adjetivos o, mejor dicho, epítetos (y digo epítetos pues una vez que se le encuentra una nueva modalidad o variación, éste cambia, pero trae consigo todo el horror de los calificativos anteriores): guerra santa, guerra de conquista, guerra ideológica, guerra fría, guerra bacteriológica, nuclear, química, guerra contra el terrorismo...

“Abril es el mes más cruel”, diría T. S. Eliot. A finales del mes de abril de 1937, una pequeña ciudad española, Guernica, fue víctima de un bombardeo aéreo perpetrado por un ejército al mando de Francisco Franco, el cual encabezaba el golpe militar que traería la caída de la república española. La embestida bélica estuvo a cargo de un escuadrón formado por una coalición de efectivos italianos, alemanes y españoles. La empresa no perseguía motivos tácticos milicianos, la población atacada no representaba un puesto significativo en la avanzada fascista; la maniobra respondía a un puro despliegue de poderío del ejército ofensor, era el puro embiste de una bestia imparable cuyo único fin era sembrar el terror en una España dividida por las ideologías. A partir de este día, las guerras perdieron el honor, si es que alguna vez lo tuvieron. A partir de ese día, los pueblos del mundo conocieron la ferocidad del puro placer homicida. A partir de ese momento, la inocencia del combatiente fue robada: se inicia así la guerra moderna, la infame, la que no tiene piedad, la del sin sentido.

De esta forma, la agresión a la comunidad vasca pasa a la historia como el símbolo de la crueldad en la guerra; es decir, se convierte en la metáfora del terror que acarrearán los conflictos armados. Guernica representa la infamia de la Guerra, así, con mayúscula.

De igual modo lo siente el poeta Iván Cruz, ya que intitula su libro *Tiempo de Guernica*, es decir, tiempo de infamia, de iniquidad, de infortunio. En el texto se alcanza a traslucir un hondo sentimiento de desesperanza causado por la escasa



justeza del mismo. Iván Cruz canta en su libro los terrores de la guerra, mas no desde la seguridad de un refugio antiatómico, sino desde el centro mismo de la batalla. El poeta, en este caso tan concreto, no compadece sino que padece las mismas vejaciones de los pueblos oprimidos; por sus venas corre una misma sangre herida por innumerables afrentas, quién sabe si reparables.

El poemario inicial es el que da título al libro, “Tiempo de Guernica”. En él podemos encontrar tres voces bien diferenciadas que, paradójicamente, son una misma. Son tres sufrimientos distintos que a la vez son el mismo: el de la gran comunidad humana oprimida bajo el puño del poderoso.

La primera voz que pide la palabra es una voz que se confunde con el polvo de las generaciones, una que viene desde un pasado indefinido, un pasado que se repite infinitamente en el presente, que adquiere artificios nuevos en cada época, pero que esencialmente es el mismo. Aquí se advierte una gran pesadez, un sosiego obligado por el yugo soportado durante largo tiempo, una resignación que raya en una cólera enterrada como una semilla que da flores muertas. En esta voz se hace evidente el rostro de la desesperanza que, bajo el filo de la espada, sabe que la primera cabeza en caer será la suya pero, después, el chorro intenso seguirá brotando como un manantial imparable y caudaloso, no habrá descanso para los verdugos. “3 / *No volvió la espada a su vaina. / No se desprendió la mano que oprime el hierro atroz.*”

Así, el que habla sabe que todos estamos condenados, que cada uno cava su propia tumba en el abandono y la indiferencia del que se prepara, con pasos lentos, a subir al patíbulo con la certeza de que por más que ruegue, implore, rece, la muerte está esperando que se desarrolle un mero trámite. “7 / *En vano persisten las plegarias, en vano ondean las banderas y rugen los cañones. ¿Dónde están ahora los guerreros?, ¿dónde están ahora nuestros reyes?, ¿dónde está ahora la gloria de nuestros dioses? Sólo nos queda esta legítima espera que va pasando, que pasó mucho antes en una noche como esta que se desploma, igualmente interminable...*”

La segunda voz del poemario es la de actualidad, la de la velocidad de lo moderno, la saturada de información. Es una voz incrustada en el escaparate de los adelantos tecnológicos pero, a la hora de la verdad, es una voz que sufre y padece del mismo modo que la primera, es decir, se convierte en su eco. “6 / *Al contemplar su*

muerte, / en vivo y en directo, / las veinticuatro horas del día, / se perfecciona el exterminio. / No estás muerto, lo sabes: / cuando te extingas, / te lo dirá el televisor.”

Es esta misma voz la que luego reflexiona, la que se detiene a pensar en medio de la agitación de sus tiempos que su sufrimiento no es enteramente suyo, que otros lo han padecido ya y que, paradójicamente, de tan usado, parece más sólido. Hay un fuerte asomo de lucidez en esta voz, y es esa lucidez la que la hace decir: “11 [...] / *No hay por qué sentirse superiores, / ni la Internet ni los autos aerodinámicos / ni el teléfono celular nos distinguen / del telégrafo, de las carretas tiradas por mulas. / Como ellos, hemos venido a morir, / a irnos sin dejar huella, / a hacerles compañía en el fracaso.”*

La tercera voz está consciente de las dos anteriores, por eso es agria, irónica, satírica. Es la voz más apta para expresar el desencanto y el hartazgo. Con tono lúdico y cínico, esta voz nos despierta, nos abre los ojos y nos hace ver nuestra pobre condición frente a la magnitud del señor opresor, nos pone al tanto de nuestra pequeñez: “4 // *La venganza no es un banquete / donde abreen los sapos, / este manjar de perfecta hermosura / no satisface gulas / de criaturas tan míseras. / [...] // Aun la ira está vedada / para estos batracios, / religiosamente numerosos y horrendos.”*

En “Los dominios perdidos”, segundo poemario del libro, atraviesa la página el signo de la culpa, de la responsabilidad, cumplida o no cumplida, que de cualquier forma desencadenó la catástrofe. En el poema “Habla un héroe de la patria a sus colegas”, el poeta escribe: “*No me entristece que todos / hayamos muerto por esta empresa, / me entristece que todos / hayamos cometido la vileza de existir.”*

Así, después de la vergüenza de haber hecho las cosas mal desde el principio, incluso después de cometer el peor error, el de existir, se justifica la desilusión que acompaña este poemario. Tomando como base el error, el poeta fragua una descripción acertadísima de los personajes que se mueven dentro de su poemario, personajes marcados por el signo de la derrota increíble, de la vergüenza por haberlo perdido todo. Es este último sentimiento el que caracteriza al poemario pues, por vergüenza se está escondido siempre y “*Lo de menos es salir del anonimato. / Pero, sinceramente, no tenemos cara para hacerlo.”*

El “Zoológico”, tercer poemario en orden de aparición, es una larga fábula de la iniquidad y la injusticia. La mejor herramienta del poeta en este apartado es la palabra

adecuada, mesurada, justa, pero sobre todo chispeante, maliciosa, irónica e inteligente. Así, esta parte del libro se convierte en el reclamo más alto contra el poderoso, la manera de decir que no tenemos la fuerza, sino la inteligencia y la palabra, que son el sustento y el refugio para resguardarnos de su infamia. En el poema “Los leones no están conformes” el poeta da cuenta de las quejas que profiere el poderoso ante Dios pues le parece injusto que sus servidores sepan que él es un tirano: “*Dios es perverso / —dicen los leones—; / creó a innumerables manadas / de ratones para obedecernos, / pero les dio / la infame inteligencia / para percibirlo.*”

Después, el tono profético también tiene cabida en poemas como “Ácaros” o “Mosquitos”, en donde, si bien el tirano tiene el dominio sobre el débil, habrá siempre alguno dispuesto a destronarlo.

El poemario “Detalles” es un recorrido del autor por la geografía pictórica que le sugirió el título de su obra e, incluso, puede pensarse que la obra misma: el *Guernica*, de Pablo Picasso. En esta parte, Iván Cruz nos propone un alto en lugares emblemáticos de la pintura, una imagen que hace alusión a la guerra pero —y esto es parte esencial de la obra del pintor español— en ningún momento se encuentra una imagen que la represente. Este mural, más bien, nos horroriza por las muecas de terror, desesperación y espanto que reflejan los personajes retratados. La lectura de Iván es una descripción y más, una interpretación de los elementos que componen la obra plástica. Pareciera ser que el poeta alcanzó, con una mirada detallista, a ver el reflejo en las pupilas de los personajes pintados y miró y descifró en él el horror de la guerra. Casi parece que el poeta pudo leer sus pensamientos y transcribirlos. Esto se nota en “Mujer arrastrándose”, donde el que escribe hace un inventario a detalle de todo lo que la mujer alcanza con la mirada y refleja en su propia expresión: “*Todo se desploma, / todo agoniza, / todo es sombra y estruendo, / no queda piedra sobre piedra, / nuestro ayer, nuestra memoria, / todo se ha perdido, / todo es pasado, / tan sólo vestigios, / tan sólo ojos de cólera / que se nos quedan mirando.*”

El miedo y la desilusión son un elemento de un peso descomunal en la pintura y en el poema. De forma desgarradora nos enteramos qué piensa el “Niño muerto” cuando pide: “*No me despiertes, / temo que al despertar / el mundo / siga aquí.*”

O la desesperanza y la certeza apocalíptica de la “Mujer portadora de la lámpara” al profetizar: “*Seguimos vivos, / lo peor aún está por venir.*”

Ante toda la infamia ya denunciada en líneas anteriores, el poeta busca refugio. El de la palabra, sí, pero además el del cobijo del hogar, del terruño, de la madre. En “Llover en polvo”, último poemario del libro, el poeta se resguarda de las catástrofes que acontecen afuera. Iván Cruz busca resguardo en un lenguaje cotidiano, tranquilo y sencillo. En el poema “Hogar” busca protección, la protección materna, la que le da sentido a ese pequeño universo que es la casa: “*La casa, sin ti, / nos vuelve sombras, / enredaderas de aire, / un surtidor de viento.*”

Pero, aunque busque refugio, el poeta descubre, ya la esperanza en otro sitio, que la muerte traspasa todas las paredes, incluso las mas fuertes. Así, ya cansado, el poeta nos dice en “Llover en polvo”, el último poema del libro, que la muerte “*es un pájaro sobre nosotros*”.

De esta forma, *Tiempo de Guernica* se levanta como un estandarte en medio del horror y la ferocidad de la guerra, en medio de estos tiempos de opresión e infortunio. Se levanta como un estandarte desgarrado en espera de otras manos, más aptas, que lo planten en una cima distinta y tal vez más humana y justa de la que hasta hoy nos ha tocado ver. Al final, después de los escombros, de las cenizas, está alguna certeza, alguna esperanza, agazapada como el fénix, esperando el momento adecuado. ●

